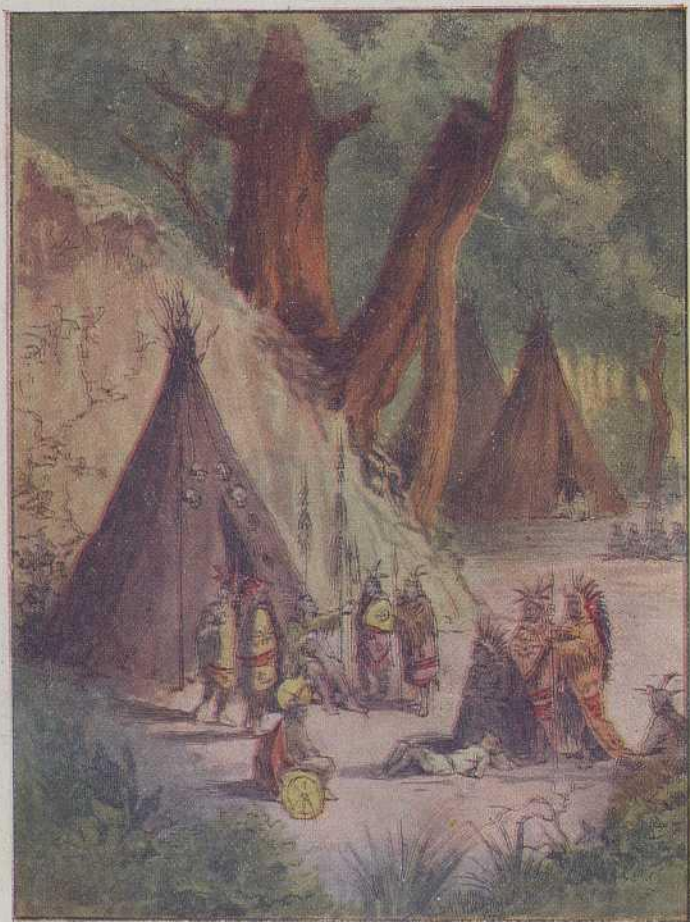


COLECCION MUNDIAL

JULIO VERNE

Martín Paz



Ediciones «Bauzá»

35¹/₂ cents.

C-1331

MARTIN PAZ

MARTIN PAB

Imprenta de B. BAUZÁ.
Aribau, 175. — Barcelona.

JULIO VERNE

MARTIN PAZ

TRADUCCION

DE

La Juventud Literaria



745-06-011703



COLECCION MUNDIAL
B. BAUZÁ. — Editor — Aribau, 175
BARCELONA

R-2433

Colección Mundial

TOMOS PUBLICADOS:

Alejandro Dumas (hijo)	La Dama de las Camelias.
G. C. de la Croie	Bertoldo, Bertoldino y Casaseno.
Paul de Kock	Gustavo el calavera.
Cristóbal Sch mild	Genoveva de Brabante.
F del Dongo	La Casta Susana.
Víctor Hugo	El último día de un sentenciado a muerte.
Ju'io Verne	De la Tierra a la Luna.
» »	Alrededor de la Luna.
» »	La vuelta al mundo en 80 días —(2 tomos).
» »	Cinco semanas en globo.—(2 tomos).
» »	Los ingleses en el Polo Norte.
» »	El desierto de hielo.
» »	El Chancellor.
» »	Aventuras de tres rusos y de tres ingleses, en el Africa Austral.
» »	Martín Paz.—Una experiencia del Dr. Ox.
F. del D.	La Generala.



LOS TOMOS DE LA COLECCION MUNDIAL ESTAN COMPUESTOS CON MAQUINA TYPOGRAPH Y TIRADOS CON PAPEL FABRICADO EXPRESO POR LA FABRICA DE LOS SRS. SOTO TURRI Y C.^a DE TOLOSA.

I.—LA PLAZA MAYOR.

Tras los gigantescos y nevados picos de los Andes el sol ha desaparecido del horizonte; no obstante, el hermoso cielo del Perú conserva aún después de mucho tiempo de haber anochecido, y al través del trasparente velo de sus tranquilas noches, destellos de una luz templada que esperece en la atmósfera una claridad ténue.

El ambiente se halla impregnado de una agradable frescura, y el aura se respira con cierta embriagadora fruición en aquella apartada y abrasadora latitud americana.

La hora del atardecer a que nos referimos, puede decirse que es aquella en que verdaderamente empieza a vivirse la vida europea, y en que es posible hallar fuera de las viviendas el sople suave de una bienhechora brisa.

No parece sino que en tales momentos se interpone entre el sol canicular de los trópicos y la tierra un tejido sutil de invisible alambre, que deteniendo el ardor de los rayos de fuego que caen a torrentes, permite sólo el paso a la luz a través de su metálica trama, ofreciendo bajo su amparo una apacible frescura y una calma reparadora.

Cuando sonó en el campanario de la catedral esta última hora de la tarde tan vivamente deseada por todos, y al paso que las estrellas iban apareciendo en el horizonte, donde ni la menor nubecilla interceptada sus luminosos reflejos, infinitas personas empezaron a discurrir por las calles de Lima, embozadas airosamente en sus ligeras capas de verano, hablando con la mayor gravedad de las cosas más indiferentes y pueriles.

Se advertía en la plaza Mayor de la ciudad gran movimiento de gentes de todas las clases sociales: en aquel centro, verdadero Foro de la antigua ciudad de los Reyes, el artesano, que aprovechaba las horas de deliciosa frescura para dedicarse a sus cotidianas quehaceres, cruzaba con diligencia notable a través de la muchedumbre, haciendo mucho ruido y dando grandes voces para anunciar sus mercancías, encareciendo con suma locuacidad sus excelencias y baratura.

Las mujeres limeñas, rebozadas en sus mantos, entre cuyos graciosos pliegues cubrían su rostro, dejando ver tan sólo el ojo derecho, lanzaban con él miradas furtivas a la bulliciosa multitud que les rodeaba, y deslizábanse por entre los grupos de fumadores, como las espumas son conducidas por las olas.

Otras señoritas, arrellanadas con grave prosopopeya en cómodas carretelas, luciendo en la cabeza lindísimos tocados, y ostentando sus magníficas cabelleras adornadas con flores naturales, dirigían desde sus vehículos negligentes o provocativas miradas a los caballeros; pero estas miradas no se fijaban indistintamente

en todos los hombres que hallaban al paso, pues como es sabido, los pensamientos en las señoritas y damas nobles no pueden ir dirigidos sino a las eminencias de la aristocracia.

Los indios cruzaban siempre por su lado sin osar siquiera levantar los ojos para mirarlas, estimándose a sí mismos demasiado humildes para aspirar al honor de que se reparase en ellos; pero ocultando en el fondo de su pecho, sin revelarlo siquiera con un signo o con una palabra, la más reconcentrada envidia y el odio que los devoraba; su pasión interna formaba un extraño contraste con la conducta de los mestizos, que siendo tan despreciados por los blancos, y viéndose rechazados siempre de su sociedad, jamás cesaban en las quejas, protestas y amenazas que les inspiraba su vengativa cólera.

Los altivos descendientes de Pizarro iban con la cabez erguida, como en la época en que sus antepasados fundaron la ciudad de los Reyes, y altivamente confundían indistintamente en su tradicional desprecio a los indios, a quienes vencieron y sojuzgaron, y a los mestizos nacidos de sus relaciones con los indígenas del nuevo continente.

Los indios, por el contrario, como toda especie humana reducida a la servidumbre, tendían incesantemente a romper sus cadenas, y confundían en un mismo odio a los aristocráticos descendientes y compatriotas de los vencedores de los Incas, y a aquella clase media tan orgullosa y llena de una usurpada e insolente altivez.

Por lo que hace a los mestizos, españoles por el desprecio con que miraban a los indios, é indios por el odio que habían jurado a los españoles, se consumía entre estos dos sentimientos que con tanto ardor y tenacidad atormentaban sus almas.

Un grupo de jóvenes perteneciente a esta última clase, que llevaban sobre su traje el poncho, prenda de tela blanca de algodón, e de paño, en forma de dalmática, anchos pantalones rayados de mil colores y sombreros de palma de Guayaquil y de extensas alas, se movía agitadamente junto a la fuente de la plaza Mayor, metiendo grande bulla y algazara.

—Tienes mucha razón, Andrés, decía gritando y gesticulando un hombrecillo joven muy meloso a quien daban el nombre de Miraflores.

Era este el amigo, el parásito de Andrés Certa, joven mestizo bastante moreno, cuya barba blanca cubría de una manera singular su rostro.

Por lo que se refiere a Andrés Certa, era el hijo de un rico mercader que había muerto en uno de los últimos motines provocados por el conspirador Lafuente. Heredero de una gran fortuna, la hacía valer, repartiéndola hábilmente entre sus amigos, de quienes exigía sumisión y humildes saludos a cambio de puñados de oro.

—¡Es natural!... ¿de qué sirven esos frecuentes cambios de poder, esos eternos pronunciamientos que trastornan el Perú en provecho de ambiciones particulares? añadió Andrés en alta voz: ¿qué nos importa que sea Gamarra o Santa Cruz el que mande, si la igualdad jamás ha de reinar aquí?

—¡Muy bien dicho!... exclamó el pequeño Miraflores, que aun bajo el gobierno más republicano, no hubiera conseguido ser nunca igual a un hombre de talento.

—Y sino, ¿cómo es, añadió Certa, que siendo yo hijo de un rico negociante, no puedo pasearme en público sino en calesa tirada por mulas? ¿Acaso mis naves no han traído la riqueza y prosperidad a este país?... Vamos a ver; ¿la aristocracia del dinero no vale tanto como todos los títulos de España?

—¿Qué duda cabe?... lo que aquí pasa es una vergüenza. Repara, si no, en don Fernando, que pasa ahora en un carruaje tirado por dos caballos, dijo el mestizo; D. Fernando de Aguilar, que apenas si cuenta con lo necesario para poder sostener el coche y sus dos caballos, y viene a pavonearse orgullosamente por la plaza, como si fuese un potentado. Y si quereis otro, ahí teneis el Marqués de la Vega.

En efecto, una magnífica carroza tirada por cuatro soberbios caballos de raza desembocaba en aquel momento, en la plaza Mayor. Un hombre sólo iba en ella, paseando entre la multitud su orgullo, aunque mezclado al parecer con una honda y evidente tristeza. Sus ojos miraban sin ver a los transeuntes que se reunían allí para respirar el fresco ambiente de la noche.

Este hombre era el Marqués de la Vega, caballero de las órdenes de Alcántara, de Malta y de Carlos III, en gracia a cuyos títulos tenía el privilegio de poder usar aquel pomposo carruaje y de no tener que ceder el paso más que al Virey y al Arzobispo; pero aquel gran señor concurría también a aquella plaza para disipar su tedio y no para prestar atención a lo que le rodeaba. Su pensamiento, concentrado en su cabeza, no se reflejaba en sus ojos ni se traslucía en su frente penosamente inclinada; ninguna impresión la causaban los objetos exteriores hacia los cuales ni se dignaba dirigir una mirada, así es que el Marqués no oyó o no quiso oír las envidiosas reflexiones de los mestizos, cuando sus caballos se abrieron paso a través de la multitud.

—Aborrezco a ese hombre, decía Andrés Certa.

—No le aborrecerás mucho tiempo.

—De sobra sé yo que todos esos nobles ostentan los últimos restos de su lujo, y podría decirlos dónde van a parar las joyas y la plata de sus abuelos.

—De algo ha de servirte tu amistad con el judío Samuel y tus frecuentes entradas en su casa.

—Indudablemente: en su libro de cuenta corriente se anotan los débitos aristocráticos, y en su caja de hierro se van sepultando las últimas reliquias de esas grandes fortunas; de suerte, que el día en que todos esos españoles se encuentren tan miserables como su César de Bazan, será para nosotros el gran día.

—Lo que es tú, no hay duda alguna, que lo gozarás, amigo Andrés; pues colocado sobre tu pedestal de oro, verás duplicarse tu fortuna al paso que la de ellos se desmorona; y a propósito ¿cuándo te casas con esa hermosa muchacha hija de Samuel, limeña hasta las uñas y que sólo tiene de judía el nombre de Sara?

—Dentro de un mes, contestó vanidosamente Andrés Certa; y a fe que entonces no habrá en Lima fortuna que pueda compararse con la mía.

—Pero dime, ¿por qué no has buscado para esposa una española de alto rango?

—Porque desprecio tanto a esa gente como la aborrezco.

Al expresarse así Andrés, lo hacía por no confesar que había sido rechazado bochornosamente por varias familias con quienes tuvo intención de enlazarse.

Su interlocutor dejó ver en su fisonomía cierta expresión de duda que hizo fruncir el entrecejo al mestizo; pero en aquel instante le codeó un hombre de elevada estatura, cuyo pelo entrecano revelaba que ya debía haber llegado a los cincuenta años de edad, sin que por eso dejasen de notarse las fuerzas musculares que le daban sus fornidos y bien dispuestos miembros.

Aquel hombre vestía un ropón castaño, una camisa de tela ordinaria de ancho cuello y con la pechera abierta, a través de la cual dejaba ver su pecho velludo; un calzón corto, rayado de tiras verdes y atado con cintas rojas a unas medias de color de tierra y unas sandalias de *ojatás*, cuero de buey preparado para aquel objeto. Un alto y puntiaguado sombrero adornado de brillantes hebillas cubría su cabeza, metido hasta las orejas... Era un negro: después de haber empujado a Andrés le miró fijamente, pero sin dar a su mirada expresión alguna.

—¡Indio miserable!... gritó el mestizo levantando sobre él la mano.

Sus compañeros se interpusieron deteniéndole: el pequeño Miraflores, cuyo rostro se había puesto pálido de temor, le dijo:

—Andrés, Andrés... ¡mira lo que haces!...

—¡Un vil esclavo se atreve a codearme!...

—Es un loco... es el *Sambo*.

El *Sambo*, con cuyo nombre le habían designado, era un indio de las montañas, y seguía mirando fijamente a Andrés a quien indudablemente había empujado con intención.

Este, en quien la rabia había llegado a su colmo, empuñó un cuchillo que llevaba en el cinto e hizo ademán de arrojarlo sobre su impasible agresor: pero en aquel momento un grito gutural, semejante al piar de un jilguero, resonó en medio del bullicio que levantaban los paseantes, y el *Sambo* desapareció.

—¡Bruto!... ¡Cobarde! gritó Andrés, trémulo de furor.

—¡Contente, hombre!... le dijo con dulzura Miraflores, y dejemos la plaza Mayor en donde las limeñas se presentan tan orgullosas.

Al decir estas palabras el tímido mestizo miró en torno suyo con recelo por si le habían oído, y se hallaba a tiro de algun puntapié o puñetazo de cualquiera de los indios que por allí pululaban.

—Dentro de una hora, dijo Andrés, tengo precisión de hallarme en casa del judío Samuel, ¿me entiendes?

—En una hora tenemos tiempo de sobra todavía para ir a la



Sara y su erlado Libertad.

calle del Peligro, donde podrás ofrecer algunas naranjas, o *anaxás* a las graciosas tapadas que discurren y pasean por aquel barrio.

—¿Vienen ustedes, señores? preguntó Andrés, dirigiéndose a sus demás compañeros.

—¡Vamos! contestaron aquellos; y entonces todo el grupo se dirigió hacia el otro lado de la plaza, internándose y bajando hacia la calle del Peligro, en la que Miraflores esperaba ser más afortunado; que su buen porte se apreciara mejor y que se hiciese más caso de su persona; pero la noche empezaba a aumentar sus sombras, y era la hora en que las limeñas merecían mejor que nunca el dictado de *tapadas*, pues entonces iban cubiertas completamente, arrollando sus mantos en derredor de su cabeza y hombros, y apretándolos contra su rostro para taparse con más cuidado.

En aquel momento la plaza Mayor se hallaba en el apogeo de su animación: gritos tumultuosos, reyertas parciales, los dichos de unos, los saludos de otros, las conversaciones de todos hacían que fuese en aumento y se redoblase por instantes el ruido y algarabía.

Los guardias de a caballo, apostados junto al pórtico del palacio del Virey, que se eleva al Norte de la plaza, difícilmente podían mantenerse firmes en sus puestos a causa de las oleadas de aquella compacta y tumultuosa muchedumbre, cuya confusión aumentaba a aquella hora en que acuden toda clase de vendedores, que encuentran siempre compradores para sus mercancías.

Los expendedores de toda especie se citan y aglomeran allí, colocándose desde el punto llamado *Portal de Escribanos* al *Portal de Boloneros*. Todo aquel trayecto queda entonces convertido en una gran feria, un inmenso puesto en el que se vende toda clase de objetos.

En tales momentos la plaza Mayor es a la vez paseo, bazar, mercado y feria.

El átrio del palacio del Virey, y sus soportales se hallan ocupados en toda la planta baja por tiendas y puestos ambulantes de mercaderías; y en la inmensa galería que corona aquellos soportales la multitud puede libremente pasear en los días solemnes en que se celebra alguna fiesta popular.

Al Este de aquella gran plaza se levanta el majestuoso edificio de la catedral, ostentando a los dos lados de su frontispicio las esbeltas torres de sus campanarios, cuyo átrio resguarda y adorna a la vez una ligera y elegante balaustrada sobre un basamento de piedra, de diez pies de altura, en cuya parte más baja se encuentran aquellas indispensables covachuelas, que sirven de lonja o almacén a todos los productos de los trópicos.

En el centro de la plaza descuellan una hermosa fuente monumental construída en 1653 por orden del virey Conde de Salvatierra.

Desde lo alto de la columna elevada en el centro de la fuente, que corona una estatua de la Fama, el agua baja murmurando, y penetra en el interior de unos leones de excelente escultura, que la arrojan por sus bocas, formando caños que caen en un recipiente

inferior, a donde acuden los aguadores con sus mulos cargados con dos barriles cada uno, para llenarlos de agua.

En los arcos de la caballería llevan clavado medio arco de tonel de cuyo extremo cuelga una campanilla, y a la grupa montan los conductores ofreciendo desde allí y a grito herido su líquida e importante mercancía a los que tienen sed.

Siempre hay ruido en esta plaza, desde que amanece hasta que oscurece, y cuando los astros de la noche se elevan sobre las elevadas cumbres de las cordilleras, el tumultuoso bullicio de la elegante sociedad limeña en nada cede al alboroto popular y matutino de los vendedores del mercado.

No obstante, cuando suena el toque de las oraciones en el campanario de la catedral, cesan de improviso todos los ruidos. Al alegre clamoreo de centenares de voces que gritan, rien, llaman, preguntan lo que se vende y lo que se compra; sucede el monótono murmullo del rezo, de la oración de la tarde: las mujeres detienen el paso y descubriendo su rostro invocan al Altísimo.

En aquel instante solemne ningún vendedor se atreve a preguntar ni ofrecer su mercancía a nadie; ningún comprador piensa en adquirir lo que busca, y de pronto aquella plaza, tan animada, queda silenciosa y trocada en un vasto templo.

En el momento en que todas las limeñas se inclinaban, después de haber suspendido su paseo, para consagrarse a la oración a que las invitaba el tañido de las campanas, una doncella perfectamente envuelta en los pliegues de su manto, trató de abrirse paso entre la muchedumbre que rezaba: seguía una mestiaz, especie de dueña que no la perdía de vista ni se separaba de su lado un solo momento.

Aquella dueña, como si no comprendiera lo que significaba el religioso tañido que resonaba en el aire, continuaba impávida, abriéndose camino por entre la piadosa multitud.

A la primera impresión de extrañeza que causó aquella singular infracción de la costumbre popular, sucedieron las habillitas y los ásperos denuestos.

Al advertir el efecto que producía, la joven manifestó intención de detenerse; pero la dueña continuaba caminando.

—Mira esa hija de Satanás, murmuraban junto a ella.

—¿Quién es esa maldita bailarina?... decían otros.

—Será uno de esos despreciables judíos que infestan la ciudad, añadía un tercero.

Por último, la joven confusa y con el rostro encendido de vergüenza se paró, cuando de improviso un indio, tratante en mulas, la cogió por los hombros pretendiendo arrodillarla a la fuerza; pero apenas había puesto su mano sobre ella, un brazo de hierro le derribó al suelo, con extraordinaria violencia.

Esta escena que había pasado con la rapidez de un relámpago produjo, no obstante, un momento de confusión.

—Señorita, salvaca, dijo una voz dulce y respetuosa al oído de la joven.

j Esta se volvió pálida de miedo y llena de confusión, y vió

a su lado un joven indio, de elevada estatura, que cruzados los brazos sobre él pecho, esperaban tranquilamente a pié firme a su adversario.

— ¡Por vida mía!... estamos perdidas, exclamó la dueña, aterrada y llena de estupor: niña vámonos pronto por el amor de Dios.

Y sin aguardar respuesta, llevóse tras sí a la jóven, desapareciendo con ella, mientras la muchedumbre que había terminado su rezo, se levantaba y se dispersaba en distintas direcciones.

El indígena se había vuelto a poner en pié, enderezándose con dificultad, quebrantado y dolorido por la caída; y consideró prudente no pedir satisfacción alguna a su vigoroso agresor, por lo cual se fué a buscar sus mulas, contentándose con murmurar en voz baja algunas palabras inteligibles.

II.—LA NOCHE EN LAS CALLES DE LIMA.

Casi sin crepúsculo, la noche sucedió a la claridad del día.

Las dos mujeres que habían dado lugar al incidente que queda referido, apretaban el paso, pues se les había hecho tarde. La jóven, todavía impresionada por el suceso referido, guardaba silencio, mientras que la dueña balbuceaba misteriosamente algunos padre nuestros; ambas marchaban con celeridad por una de las calles pendientes que desembocan en la plaza Mayor. Esta plaza se halla situada a más de 400 piés de elevación sobre el nivel del mar y a unas 150 varas del puente que cruza el río Rimac, cuyo curso señala el diámetro de la ciudad de Lima, situada en forma de semicírculo.

En el valle de este río se asienta la ciudad de Lima, a nueve leguas de la embocadura del Rimac; al Norte y al Oriente empiezan las ondulaciones del terreno que forma parte de la gran cadena de los Andes.

El valle de Lorigaicho, formado por las vertientes de las montañas de San Cristóbal y de las Amancaes, que a espaldas de la ciudad se elevan, viene a terminar en sus arrabales.

Lima se extiende sobre una sota de las orillas del río; la otra la ocupa el arrabal de San Lorenzo, que se comunica con la ciudad por un puente de cinco arcos, cuyos machones tienen tajamares triangulares, para romper la fuerza de la corriente con que de continuo les combaten las aguas del río.

Las riberas de éste ofrecen a los paseantes bancos circulares de piedra, sobre los cuales los elegantes de la ciudad van a tenderse en las noches de estío, contemplando desde ellos la hermosa cascada que cae cerca de aquel punto produciendo blancas espumas.

La ciudad mide dos millas de largo del Este al Oeste, y sólo una y cuarto de anchura desde el puente hasta las murallas, las cuales son de doce piés de elevación y diez de espesor en su base, y están construídas de *adobes*, especie de ladrillos secados al

sol y hechos de una tierra de greda mezclada con cierta cantidad de paja triturada.

Estas murallas son por consiguiente muy a propósito para resistir los temblores de tierra tan frecuentes en el país.

El recinto tiene siete puertas y tres poternas, y en su extremidad Sudeste, termina, en la pequeña ciudadela de Santa Catalina.

Esta es la antigua ciudad de los Reyes, fundada por Pizarro en 1534, el día de la Epifanía. Esta ciudad ha sido, y aún lo es en el día, teatro de continuas revoluciones que suelen reproducirse con harta frecuencia.

Lima, situada sólo a tres millas del mar, fué, como queda dicho, el primer depósito de la América, en el Océano Pacífico, gracias a su puerto del Callao, construido en 1779, de una manera singular.

Fué a pique en la ribera del mar un navío de primer orden, relleno de piedra, arena, escombros y cascote de todas clases: grandes vigas traídas de Guadalupe, de una madera incorruptible, que resiste la acción del agua, fueron clavadas alrededor de aquel soberbio pontón sumergido que forma la inmóvil base del muelle del Callao.

El clima, más templado y más dulce que el de Cartagena de Indias y el de Bahía, situadas en la costa opuesta de la América, hace de Lima una de las más notables ciudades del nuevo mundo.

Los vientos soplan en dos direcciones que jamás varían; o proceden del Sudeste, refrescándose al cruzar el Océano Pacífico; o vienen del Sudoeste, impregnados de la atmósfera templada de los bosques y de la frascura que adquieren en las cimas de las Cordilleras eternamente cubiertas de nieve.

Las noches son muy bellas y muy puras en las latitudes tropicales, en donde se destila misteriosamente aquel rocío bienhechor que fecundiza un suelo expuesto todo el día a los ardientes rayos de un sol canicular, y a un cielo sin nubes; por eso los habitantes de Lima prolongan indefinidamente sus conversaciones, sus tertulias y sus recepciones nocturnas.

Los trabajos que pueden hacerse en el interior de las casas, se realizan y se terminan tranquilamente en habitaciones refrescadas por la sombra y por las auras, por cuya razón las calles quedan desiertas poco después de haber cerrado la noche completamente, y apenas si algunos bebedores de *chicha* y de *guarapo* permanecen reunidos en ciertas *pulperías*.

La jóven de que acabamos de hablar y su dueña evitaban con gran cuidado aproximarse a tales establecimientos, y echando por medio de las numerosas plazas que hay en la ciudad, consiguieron llegar sin tropiezo alguno y sin haber tenido encuentros desagradables al puente del Rimac, pero siempre prestando oído atento a todo rumor que creían sospechoso, por más que sólo oían las campanillas del collar de las mulas conducidas por algún arriero, o el melancólico estribillo cantado por tal o cual indio.

La jóven de quien venimos hablando se llamaba Sara, y se dirigía a casa del judío Samuel, su padre,

Vestia una saya de raso, de color oscuro rizada a pliegues semi-elásticos, y de tan poco vuelo, que veíass obligaba a andar a cortos pasos, lo cual le daba esa delicada gracia especial de las limeñas.

La basquilla bordada de lentejuclas y de flores, iba cubierta en parte por un gran pañolón de seda, que subiendo por detrás de la cabeza terminaba en una especie de capuchón con el cual podía cubrirse fácilmente el rostro: medias finísimas y pequeños zapatos de raso, asomaban por debajo del ribete de la graciosa saya: ricos brazaletes de gran valor avaloraban los brazos de la jóven cuyo magnífico traje era en su conjunto del más exquisito gusto y daba a su persona aquel encanto especial que revela el donaire de las españolas.

Mirañores había tenido razón al decir a su amigo Certa que su prometida no debía tener de judía más que el nombre, pues era el tipo fiel de aquellas admirables damas españolas, cuya hermosura sobrepujaba a todo elogio.

La dueña, era una vieja judía, en cuyo rostro se hallaba pintada la avaricia, y que desde muchos años servía fielmente a Samuel, quien pagaba sus servicios con liberalidad.

En el instante en que las dos mujeres penetraron en el árrenal de San Lázaro, un hombre vestido con hábito de fraile, y cubierta la cabeza con su cogulla, pasó rozando junto a ellas mirándolas atentamente: aquel hombre, de bastante corpulencia, de excelente aspecto y que respiraba en su porte mansedumbre y bondad, era el padre Joaquín Camarones, y dirigió a Sara una sonrisa de inteligencia que ella contestó con otra, mirando en seguida a la que la acompañaba.

Esta iba aún murmurando, gruñendo y gimoteando, lo cual le impidió observar nada; la jóven se volvió entonces hacia el buen padre, y le saludó graciosamente con la mano.

Observólo la dueña con disgusto y exclamó:

—Es decir, señorita, que no os basta con haber sido insultada por esos hijos de Cristo que tanto nos odian, sino que aún es necesario que os pareis a saludar a un sacerdote.

Sara no contestó.

—A ese paso, aún hemos de veros con un rosario en la mano practicando los preceptos de la Iglesia católica.

Es de advertir que las funciones de iglesia son la principal ocupación de las limeñas.

—Tenéis cosas bien extrañas, replicó la jóven poniéndose colorada.

—Tan extrañas como vuestro proceder, añadió la vieja. ¿Qué diría mi amo Samuel si supiese lo que ha pasado esta noche?

—¿Y qué es lo que ha pasado? ¿Tengo yo acaso la culpa de que un hombre soez un mozo de mulas se haya dirigido a mí para insultarme?

—Yo me entiendo, señorita, replicó la dueña meneando la cabeza, y no es del indio de quien quiero hablar.

—Entonces quiere decir que aquel joven hizo mal en defenderme y librarme de los insultos del populacho.

—Pero, decidme, ¿es esta la primera vez que ese indio se encuentra a vuestro paso?

Afortunadamente el rostro de la joven se hallaba velado por su manto, pues la oscuridad que se había difundido hacía rato no hubiera sido suficiente a ocultar la turbación que sintió, a los perspicaces ojos de la judía.

—Pero dejemos en paz al indio, dijo ésta con mal humor; de mi cuenta corre el no perderle de vista: lo que de todas veras lamento, es que por no molestar a esos cristianos, quisierais rezar sus oraciones: ¿no tuvisteis también intención de arrodillaros como ellos? ¡Ah, señora! os juro por Moisés y por la Biblia, que vuestro padre me despediría inmediatamente de su casa si supiese que habíais cometido semejante apostasía.

Pero la joven ya no la oía: la alusión que había hecho al indio de la plaza, era la causa de que su pensamiento se fijase en más gratas ideas: el imprevisto y oportuno socorro de aquel joven le parecía una cosa providencial, y volvía la cabeza frecuentemente para ver si las seguía en la oscuridad.

Sara estaba dotada, naturalmente de un carácter atrevido que le era de grande utilidad en muchas ocasiones. Sentía en sí una de aquellas naturalezas de los hijos de las latitudes ardientes, que el sol embellece con una vegetación exuberante: arrogante como una española, si fijó su mirada en aquel hombre era porque él se había mantenido altivo delante de su altivez, y porque ni siquiera con una mirada había mendigado su protección.

Sara no se había equivocado al suponer que el indio no la había perdido de vista.

Después de haber socorrido a la joven judía de una manera tan enérgica y violenta, Martín Paz, que éste era su nombre, creyó que debía asegurar su retirada; así es que cuando los paseantes se dispersaron, trató de seguirla y la siguió en efecto sin que ella lo advirtiera; pero no porque él hubiese puesto nada de su parte para ocultarse, sino a consecuencia de la oscuridad de la noche que favoreció tan perfectamente su designio.

Martín Paz era un indio joven y hermoso, que llevaba con noble continente y con gracia suma el traje nacional de los habitantes de las montañas. De su sombrero de palma de alas anchas se escapaba, cayendo sobre sus hombros, una soberbia cabellera negra, cuyas brillantes guedejas armonizaban admirablemente con la tez bronceada de su varonil semblante: sus ojos resplandecían con indecible dulzura, como la trasparente atmósfera de una noche estrellada. Su recta nariz, y su graciosa y perfecta boca, contrastaban de una manera notable con las de los hombres de su raza.

Era un bello ejemplar de los más hermosos descendientes de Manco Capac, y en sus venas debía correr con abundancia aquella ardorosa sangre que impulsa a los hombres a dar cima a grandes empresas.

Su cuerpo se cubría gallardamente con un poncho de brillantes

colores: llevaba ceñido a la cintura uno de esos puñales malayos tan terribles en las ejercitadas y vigorosas manos de los indios, que parecen tenerlos adheridos a su brazo como un clavo remachado, cuando lo empuñan en actitud de herir a su enemigo.

En el Norte de América y en las orillas del lago Ontario, Martín Paz hubiera sido uno de aquellos jefes indígenas de las tribus errantes que tanto trabajo costaron a los ingleses sosteniendo con ellos muchos y heroicos combates.

Martín Paz sabía que Sara era hija del rico Judío Samuel; sabía que era la mujer más encantadora de Lima; sabía que era la prometida del opulento mestizo Andrés Certa; sabía, en fin, que su nacimiento, su posición y su riqueza le vedaban poner su amor en ella, pero olvidando todos estos imposibles, se dejaba arrastrar por su pasión, y entonces imaginaba que aquella bellísima joven le pertenecía como pertenece el llama a los bosques del Perú; como pertenece el águila a las inmensidades del espacio.

Sumido en aquellos pensamientos, Martín Paz aceleró el paso, con el fin de ver al menos rozar la falda de la joven en el umbral de la casa de su padre, y al verificarlo, Sara entreabrió los pliegues de su manto, y deslumbrió al joven con el brillo de una mirada llena de afectuoso agradecimiento.

No habría desaparecido aún la hermosa judía, cuando fué alcanzado el joven por los indios de la casta de los *zambos*, vagamundos alijadores de la playa, los cuales se dirigieron a él, diciéndole:

—Martín Paz, ¿podrás ver esta noche á nuestros hermanos en la montaña?

—Sí: los volveré a ver, respondió friamente el indio.

—La goleta *Anunciación* se ha presentado a la altura del Callao, bordeando por la costa unos instantes, y luego, trasponiendo el cabo, ha desaparecido rápidamente. Sin duda se habrá aproximado a tierra cerca de la embocadura del Rimac, y sería conveniente que nuestras canoas fuesen a alijar su cargamento, para lo cual no sería malo que tú te encontraras allí.

—Toda pérdida de tiempo es perjudicial, y vuestras inútiles observaciones nos lo están haciendo perder sin necesidad alguna: ¡Martín Paz sabe mejor que vosotros lo que debe hacer y lo hará!

—Nosotros venimos a hablarte aquí de parte del *Sambo*.

—Y yo os contesto ahora en mi propio nombre; ¿lo entendéis?...

—Pero dí; ¿no temes que al *Sambo* le parezca harto inexplicable tu presencia a estas horas en el arrabal de San Lázaro?

—Yo estoy donde mi voluntad y mi capricho me llevan.

—Sí, delante de la casa del judío...

—Aquel de mis hermanos a quien le parezca malo mi proceder, me encontrará esta noche en la montaña.

Los ojos de aquellos tres hombres despidieron un relámpago de siniestro fulgor, pero su altercado quedó reducido a este breve diálogo.

Los *zambos* se volvieron por la pendiente de la ribera del

Rimac, al lugar donde tenían su chalupa, y el ruido de sus pescos bien pronto se perdió en el silencio de la noche.

Martín Paz se había aproximado bastante a la casa del judío.

Esta casa, como todas las de la ciudad de Lima, tenía dos pisos: las paredes de la planta baja eran de ladrillo y muy sólidas, elevándose sobre ellas otras de cañas entrelazadas y cubiertas de yeso perfectamente pintadas, imitando los ladrillos de que se componía el resto del edificio. Las azoteas se veían profusamente adornadas de tiestos de flores en forma de galería en donde abundaban los perfumes más aromáticos, y desde allí se disfrutaban los más hermosos puntos de vista.

Una gran puerta cochera, abierta entre dos pabellones laterales, daba paso a un vasto patio o portal; pero siguiendo la costumbre del país, aquellos pabellones no tenían ventana alguna que diese a la calle.

Las once de la noche sonaban en el reloj de la parroquia, cuando Martín Paz se paró delante de la casa donde habitaba Sara.

Reinaba un profundo silencio en los alrededores del edificio; no obstante, algunos resplandores de una luz incierta probaban que alguien velaba en la habitación del judío.

¿Por qué permanecía inmóvil el indio junto a aquel muro silencioso?

¿Era porque la frescura de lá atmósfera convidaba a pasearse y a disfrutar de su pureza y de los perfumes que embalsamaban el ambiente?

¿Era para admirar los astros rutilantes de la noche que lanzaban sobre la dormida tierra sus ténues rayos, ofreciendo a los mortales una dulce claridad?

¿Era para embeberse en la contemplación de las estrellas, que esmaltaban el firmamento, tachonando las tinieblas con sus encantadores reflejos?

¿O era acaso porque el corazón humano cree, en efecto, en esas simpáticas y misteriosas comunicaciones que salvan la distancia y subordinan el tiempo?

Sea de esto lo que quiera, fué lo cierto que de improviso apareció una sombra en la azotea de la casa del judío, en medio de las flores que la noche envolvía en su manto borrando sus matices, pero sin quitarle nada de sus delicados perfumes. Las dalias se confundían con las mentzelias, y con las helias y los vapores de la tierra formaban a impuls de la brisa occidental una ondulante nube en medio de la cual parecía elevarse Sara, la bella jóven, la encantadora judía.

Martín Paz, al contemplar aquella aparición, levantó inconscientemente sus manos al cielo, juntándolas en actitud de adoración.

De improviso la blanca sombra desapareció como asustada.

Martín Paz volvió el rostro y se halló frente a frente con Andrés Certa.

—¿De cuándo acá los indios negros pasan las noches en éxtasis contemplativo? dijo Andrés, pronunciando sus palabras con acen-

to sarcástico y pudiendo apenas dominar la cólera que sentía en aquellos momentos.

—Desde que los indios pisan el suelo de sus padres.

—¿Pues qué, ya no tienen en las montañas algunas jácaras que entonar, o algún bolero que bailar con las mujeres de su casta?

—Los *cholos*, repuso Martín levantando la voz, rinden su homenaje a quien lo merece; los indios adoran a quien su corazón les inspira.

Andrés Certa palideció de rabia y dió un paso hacia su rival, que permaneció inmóvil.

—¡Miserable! ¿dejarás libre el paso?...

—Apresúrate tú a dejar este sitio, gritó Martín Paz lanzando un rugido terrible.

Al mismo tiempo brillaron dos puñales en las manos de ambos adversarios: los dos eran de igual talla y al parecer debían tener fuerzas iguales: los rayos de ira que fulguraban sus ojos, parecían reflejarse en las hojas de sus cuchillos.

Andrés Certa levantó rápidamente el brazo, dejándole caer con violencia sobre su enemigo; pero su puñal chocó con mayor violencia todavía, con el puñal malayo del indio, y ambos aceros despidieron chispas, a cuyo resplandor vió Andrés sobre su cabeza el cuchillo de Martín, sintiendo acto continuo que la acerada hoja le atravesaba de parte a parte el brazo, haciéndole caer desplomado al suelo.

—¡Socorro!... ¡socorro!... al asesino... gritó el mestizo con voz ahogada por la rabia, el temor y la angustia... ¡Me han muerto!...

A los gritos se abrió la puerta del judío, acudiendo al propio tiempo varios mestizos de las casas contiguas.

Los unos corrieron en persecución del indio que huyó con rapidez; y los otros rodearon al herido, que se hallaba desmayado en el suelo, tratando de reanimarle y prestándole su socorro.

—¿Quién es ese hombre? preguntó uno de los recién llegados: si es algún marinero llevadle al hospital del Espíritu Santo: si es indio, al de Santa Ana.

En aquel instante se aproximó al grupo un anciano, miró al herido, y al ver sus facciones le reconoció sin duda, porque exclamó:

—Que lleven a éste pobre joven a mi casa. Vaya un extraño contratiempo.

El anciano era el judío Samuel, que había conocido, en efecto, al prometido de su hija Sara.

Martín Paz, gracias a la oscuridad de noche y a la ligereza de sus piés, escapó de los que le perseguían, lo cual fué una gran fortuna para él, pues le iba la vida en ello: un indio que daba muerte a un mestizo, cometía un delito gravísimo que se castigaba con la última pena.

Si Martín Paz hubiera podido ganar el campo fácilmente se hubiera salvado; pero el desgraciado sabía que las puertas de

la ciudad se cerraban a las once de la noche y no se abrían hasta las cuatro de la mañana.

Sin embargo, siguió corriendo hasta llegar al puente de piedra que da sobre el río: los mestizos que le seguían y algunos soldados que se les habían unido, le seguían de cerca, aunque sin poderle dar alcance; ya había recorrido más de la mitad del puente y empezaba a abrigar la esperanza de escapar a su persecución, cuando de improviso se presentó una patrulla en el lado opuesto.

Martín Paz no podía seguir ni adelante ni atrás, pues se hallaba entre dos fuegos: entonces, sin vacilar y con una presencia de ánimo asombrosa, saltó sobre uno de los pretilos del puente con la agilidad de un corzo, y se arrojó en la impetuosa corriente del río, que rugiendo se rompía en el tajamar que defendía los machones del puente.

Las dos rondas se dirigieron entonces simultáneamente hacia las dos pendientes opuestas que descendían a las orillas del río, para apoderarse del audaz nadador en cuanto intentara tomar tierra; pero no lograron su objeto, pues Martín Paz no volvió a aparecer.

III.—UN JUDIO EN TODO Y POR TODO.

Una vez introducido en casa del judío Samuel, y acostado en una cama que apresuradamente se dispuso, Andrés Certa fué recobrando los sentidos poco a poco, y al abrir los ojos se incorporó apretando la mano de su futuro suegro.

Un médico que había sido avisado oportunamente por uno de los criados de la casa, y que acudió con presteza, después de examinar la herida había declarado que no la hallaba de mucha gravedad.

El puñal del indio había atravesado el hombro del mestizo; pero la hoja, resbalando entre carne y hueso y sin lesionar ningún tendón importante, sólo había hecho una herida que podía ser cicatrizada fácilmente y en pocos días.

Al salir de la habitación los que habían acudido a asistir o a ver al herido, y éste quedó sólo con el judío, le dijo:

—Maese Samuel, bien podéis desde este momento condenar la puerta de la azotea tapiándola a cal y canto.

—¿Pues qué es lo que teméis, Andrés?

—Temo que vuestra hija Sara vuelva a mostrarse a los indios como ha sucedido esta noche, para que ellos, se recreen contemplándola; pues habéis de saber que no fué un ladrón el que me ha atacado y herido, al tratar de matarme, sino un osado rival de cuyas manos he escapado milagrosamente.

—¡Ah! exclamó el judío. ¡Por las tablas de la Ley!... uno se condena antes de tiempo criando a una doncella!... pero perdonad, ahora os engaños, señor. Sara será una buena esposa, no lo dudéis, pues por mi parte nada he omitido, para que sepa honrar al hombre que obtenga su mano.

Al oír Andrés Certa estas palabras, se incorporo de nuevo en el lecho apoyándose sobre un codo, y mirando fijamente al judío, añadió:

—Maese Samuel, paréceme que os olvidáis, sin duda, de que os doy cien mil pesos por la mano de Sara.

—Señor, repuso Samuel con una reticencia que le inspiraba la codicia, tan presente lo tengo, que estoy dispuesto desde luego a cambiar este recibo por moneda contante...

—Y al decir esto echó mano a su cartera sacando de ella un papel que presentó a Certa, pero éste le rechazó con la mano, diciéndole:

—No, Samuel; nuestro contrato no puede cerrarse hasta que Sara sea mi mujer, y no lo será nunca si me veo precisado a disputarla a semejante adversario. Ya sabéis, maese Samuel, cuál es mi objeto: al unirme con Sara quiero igualarme a toda esa orgullosa nobleza que nos mira con tan altivo desprecio.

—Y lo conseguiréis infaliblemente, señor, pues vais a ver a todos nuestros soberbios grandes de España acudir a vuestros salones cuando tengáis a vuestro lado, por esposa, a la perla de Lima.

—¿Dónde ha ido Sara esta noche?

—Al templo judío, con la vieja Ammón.

—¿Y por qué os empeñáis en que Sara practique vuestra religión?

—Señor, dijo Samuel con altivez, yo soy judío. Acaso Sara ¿sería hija mía, si no cumpliera los preceptos de mi culto?

Al llegar aquí el viejo israelita, quedó triste y silencioso por unos momentos, inclinó la frente sobre sus huesosas y ásperas manos, y su rostro, habitualmente salpicado de manchas rojizas, se cubrió de amarilla palidez que resaltaba más bajo su gorro castaño oscuro y entre unos cabellos de color indefinible.

Vestía una especie de hopalanda ceñida a la cintura a la usanza de los hombres que profesan su ley.

Este viejo traficaba en todo y en todas partes, como buen descendiente de Judas Iscariote, que por 30 dineros vendió a su maestro.

Hacía diez años que se había establecido en la ciudad de Lima, y lo había hecho por gusto y por cálculo.

Buscó su habitación en el extremo del arrabal de San Lázaro, entregándose desde el primer momento a esas bajas especulaciones, en las que el lucro está siempre en razón directa de la falta de delicadeza con que se llevan a cabo.

No tardó Samuel en ir desarrollando poco a poco un lujo inusitado entre los avaros de su especie: amuebló su casa con suntuosidad, dotándola de numerosa servidumbre, de soberbios carruajes tirados por caballos de pura raza y de todo aquello que podía hacer patente lá inmensa renta que disfrutaba.

Sara contaba en aquella época ocho años de edad, y se mostraba ya entonces graciosa y verdaderamente encantadora, por lo cual agradaba a todo el mundo y parecía ser el idolo del judío.

Todos sus caprichos se veían instantáneamente satisfechos sin condiciones.

Siempre vestida con vistosos y elegantes trajes de telas riquísimas, atraía las miradas hasta de los más arrogantes y meticulosos cristianos, lo cual hacía sonreír al padre de un modo extraño.

No es, pues, difícil comprender por qué el mestizo Andrés Certa, a pesar de su riqueza, estaba perdidamente enamorado por la bella y rica judía. Lo que no tenía tan fácil explicación era cómo daba cien mil pesos por su mano. Pero éste contrato se hizo en secreto, y por otra parte era necesario que Samuel traficase con los sentimientos, como si fuesen productos indígenas.

Banquero, prestamista, mercader, armador, tenía la habilidad de negociar con todo el mundo.

La goleta *Anunciación*, que trataba de aproximarse a tierra en la embocadura del río Rimac, pertenecía a Samuel.

Entregado a esta existencia laboriosa de negocios y especulaciones de todos géneros, siguiendo con la tenacidad tradicional de su raza sus creencias, cumplía este hombre singular con los ritos de su religión con una superstición fanática, y había instruído cuidadosamente a su hija en las creencias y prácticas israelistas.

Así es que cuando el mestizo le hizo comprender su disgusto acerca de éste particular, el viejo se quedó mudo y pensativo, hasta que Andrés Certa, interrumpió aquel silencio diciéndole:

—¿Os habéis olvidado que el motivo que me induce a casarme con Sara, la obliga a convertirse voluntariamente y a petición propia al catolicismo? A mí me es de todo punto indiferente su religión, añadió haciéndose el despreocupado; pero a pesar vuestro a pesar mío, y aun a pesar de ella misma, ello ha de ocurrir.

—Tenéis mucha razón, dijo el judío; pero yo os juro por mi Biblia que Sara será judía mientras sea hija mía.

En este momento se abrió la puerta de la habitación, y el mayordomo del judío Samuel entró respetuosamente.

—¿Ha sido preso el matador? preguntó el viejo con interés.

—Todo hace creer que ha muerto.

—¡Muerto! exclamó Andrés con una expresión de gozo inefable.

—Cogido entre nosotros y un grupo de soldados en medio del puente, dijo el mayordomo, se ha visto forzado a saltar por encima del pretil y a arrojarse al río.

—¿Se ha precipitado al Rimac? preguntó Andrés.

—¿Y quién nos asegura que no ha ganado la orilla? añadió el judío.

—El deshielo de las nieves y la grande avenida de aguas han convertido el río en impetuoso torrente por aquel sitio, contestó el mayordomo:—en el acto en que se arrojó el indio a la corriente, volamos a apostarnos en las orillas, y a pesar de nuestra vigilancia, nadie le ha visto aparecer. Además yo he tomado la precaución de dejar en distintos puntos centinelas que pasarán la noche vigilando.

—¡Bien!... dijo el viejo judío; el criminal se ha hecho justi-

cia a sí mismo; pero escuchad, ¿no le habéis reconocido en su fuga?

—Indudablemente, señor: era Martín Paz, el indio de las montañas.

—¿Acaso ese hombre espía a mi Sara, de algún tiempo a esta parte?

—No lo sé, contestó el servidor.

—Decid a la vieja Ammón que venga.

El mayordomo se retiró.

—Esos indios, dijo el viejo israelita, tienen entre sí asociaciones secretas, y es necesario averiguar si las audaces asechanzas de ese hombre se remontan a época muy lejana.

La dueña entró en la estancia, y permaneció de pié delante de su amo.

—¿Sabe mi hija algo de lo que ha pasado esta noche? preguntó Samuel.

—Cuando me despertaron los gritos de los criados, contestó la judía, me apresuré a correr a la habitación de la señorita, y la hallé casi sin sentido y pálida como la muerte.

—¡Maldición! gritó;—pero viendo que el mestizo había caído en una especie de letargo,—sigue, añadió bajando la voz.

—La señora no quiso contestar a las reiteradas preguntas que le hice relativas al motivo de su agitación: se metió en cama negándose a aceptar mis servicios, y me vi obligada a retirarme.

—¿Y ese indio encontraba con frecuencia a mi hija?

—Señor, lo único que puedo deciros es que le he visto en distintas ocasiones en las calles del arrabal de San Lázaro.

—¿Y nada me habías advertido?

—Esta noche ha tenido ocasión de socorrerla también en la plaza Mayor, añadió la dueña.

La vieja refirió a su amo toda la escena que ya conocen nuestros lectores, y al terminar su relato, guardó silencio inclinando la cabeza.

—¡Ah! ¿conqué mi hija quería arrodillarse entre esos cristianos? dijo el judío encolerizado,—y yo no sabía nada de esto... ¿de modo que tú quieres que te despida de mi casa?...

—Señor, perdonadme... pero...

—Vete, añadió el viejo con dureza.

La dueña salió llena de confusión, sin atreverse a replicar ni una sola palabra.

—¿No es verdad que debemos casarnos muy pronto? dijo Andrés al ver salir la judía.—No creáis que estuviese durmiendo, maese Samuel; pero ahora tengo necesidad de reposo y voy a soñar con mi casamiento.

Cuando el mestizo hubo pronunciado estas palabras, se retiró el viejo israelita, lentamente; pero antes de recogerse quiso asegurarse del estado en que se hallaba su hija, y fué a verla, entrando con precaución en la habitación que ocupaba.

La joven dormía con un sueño intranquilo, entre riquísimas

colchas de encaje y seda; una lámpara de noche, de alabastro transparente, derramaba su tenue luz sobre su hermoso rostro.

Las ventanas entreabiertas y resguardadas sólo por finísimas cortinas de preciosos colores, dejaban penetrar las apacibles brisas impregnadas del grato perfume de los aloes y las magnolias.

El lujo de los criollos resplandecía en los mil objetos de arte, que el buen gusto había esparcido sobre rinconeras y consolas primorosamente talladas, y dijérase que los vagos resplandores de los astros nocturnos jugueteaban en el alma de la niña con aquellas maravillas de lujo.

El viejo llegó hasta el lecho de Sara, y se inclinó sobre ella doblando su cuerpo para mirarla más de cerca y espiar las indiscreciones de su sueño.

La hermosa judía parecía atormentada por un doloroso pensamiento, y en más de una ocasión se escapó de sus labios el nombre de Martín Paz.

Al oírlo Samuel se estremeció de rabia y se volvió a su habitación, prorrumpiendo en todo género de maldiciones.

Cuando lanzó el sol sus primeros rayos se levantó Sara, y en el acto dispuso que Libertad, indio negro que se hallaba destinado a su servicio particular, ensillase una mula para ella y un caballo para él.

La joven judía acostumbraba dar todos los días aquellos paseos matutinos, acompañada sólo de aquel indio, que era de su absoluta confianza y le tenía una adhesión a toda prueba.

Se vistió una saya de color oscuro y un pañuelo de cachemira con ancho flecho de gruesas bellotas, cubriéndose la cabeza, no con el capuchón de costumbre, sino con un sombrero de finísima palma y de anchas alas, por debajo del cual dejaba flotar sobre sus hombros las largas y negras trenzas de sus hermosos cabellos.

Con el propósito de disimular la preocupación de su espíritu, y con objeto de no revelar con el semblante ninguna emoción, colocó entre sus bellísimos labios un cigarro aromático.

El indio, vestido con el traje de sus paisanos de la montaña, se hallaba dispuesto y aguardando las órdenes de su dueña.

—Libertad, dijo Sara, al montar en su cabalgadura, ten muy presente que has de ser ciego y mudo;—y sin aguardar respuesta, salió de la ciudad como tenía por costumbre, y se lanzó a la carrera, por los campos, en dirección al Callao.

En el puerto se notaba gran movimiento y una inusitada animación. Los guardas-costas habían estado batallando toda la noche con una goleta cuyas maniobras la hacían sospechosa de intentar algún fraudulento desembarco.

En efecto, parecía que la *Anunciación* aguardaba en la embocadura del río Rimac, a una barca limeña, para hacer un alijo de contrabando; pero antes de que esta hubiese abordado, se vió obligada a huir ante los botes del resguardo que valientemente le dieron caza.

Circulaban diversos rumores acerca de la procedencia y desti-

no de aquel buque que no llevaba nombre alguno en su espejo de popa.

Según unos, aquella goleta, cargada de tropas colombianas, pretendía apoderarse por sorpresa de los mejores buques del Callao, pues Bolívar debía estar muy resentido y tener un gran empeño en vengar la afrenta que se hizo a los soldados que había dejado en el Perú, y que fueron arrojados ignominiosamente del país.

Según otros, la goleta se dedicaba sólo al contrabando de lanas de Europa.

Sara, sin preocuparse en lo más mínimo de aquellas habillas más o menos verosímiles, y cuyo paseo por el puerto no era más que un pretexto, volvió riendas hacia Lima, a cuyos muros llegó por el lado del Rimac.

Remontó por la orilla del río hasta llegar al puente. Varios grupos de soldados mestizos o indios, ocupaban distintos puntos en la ribera y permanecían en ellos vigilando cuidadosamente.

Libertad había contado a la doncella todos los sucesos de la pasada noche, y cumpliendo las órdenes de su ama, interrogó a algunos indios que se hallaban asomados al malecón, los cuales le afirmaron que indudablemente se había ahogado Martín Paz, pero que no había sido hallado su cadáver.

Sara se puso pálida y estuvo a punto de desmayarse, necesitando toda la fuerza de voluntad para no dejarse dominar por el dolor que experimentaba.

Entre los indios que por la ribera discurrían divisó a uno de facciones más salvajes que las de los demás: era el Sambo, que estaba acurrucado en la pendiente de la orilla y daba muestras de desesperación.

Cuando Sara pasó junto al viejo montañés, le oyó murmurar estas palabras con rabia concentrada y sombría:

— ¡Qué desgracia!... ¡qué desgracia!... ¡han matado al hijo del Sambo!... ¡han muerto a mi hijo!...

La joven haciendo un esfuerzo supremo, se afirmó diestramente sobre su mula, indicó a Libertad con un ademán que la siguiese, y sin preocuparse ya de si podrían o no reparar en ella y verla el rostro, dirigióse en derechura a la iglesia del Santa Ana: dejó la brida de su cabalgadura en manos del indio, entró en el templo católico, y preguntó por el padre Joaquín, cayendo de rodillas luego delante de un altar en donde rezó fervorosamente por el alma de Martín Paz, encomendándola a Jesús y María.

IV.—UN GRANDE DE ESPAÑA.

Otro que no hubiese sido Martín Paz, habría perecido irremisiblemente en la impetuosa y brava corriente del río Rimac.

Era preciso poseer la fuerza extraordinaria, la voluntad de hierro, y sobre todo la sangre fría, que son el patrimonio de algunos individuos de aquellas privilegiadas y libres hordas de las Pampas del Nuevo Mundo, para salir con vida de semejante trance.

Martín sabía que los que trataban de prenderle y le perseguían con tanta tenacidad no cederían, sino que al contrario, pondrían cuanto estuviese de su parte para apoderarse de su persona, y que al efecto, se apostarían hacia la parte de abajo del puente para aguardar a que las aguas del río se lo entregasen.

Parecía imposible vencer la impetuosidad de la corriente, y en tal concepto todos imaginaron, pensando lógicamente, que el indio no podía dejar de ser arrastrado hacia la misma dirección que las aguas; Martín logró, merced a un esfuerzo vigoroso y supremo de su indomable naturaleza, resistir la impetuosidad de la avenida, y zambulléndose con frecuencia, pues le era más fácil nadar cuanto más cerca se hallaba del lecho del río, ganó tierra en una de las orillas y esconderse en la espesura de un bosque de manglares.

¿Pero qué podía esperar allí?... Aquel lugar no ofrecía gran seguridad, y era muy peligroso para él: los soldados podían mudar de parecer y remontar la corriente del río, en cuyo caso infaliblemente había de ser hallado y capturado: yéndole la vida en ello, y lo que para él era peor todavía, la pérdida de Sara, tomó una decisión repentina y verdaderamente desesperada: salió de entre el follaje que le ocultara, se dirigió resueltamente a la ciudad y penetró en ella procurando seguir las calles más estrechas, y las plazas más desiertas, pues le importaba mucho seguir pasando por muerto y evitar que alguien viese sus ropas empapadas de agua y cubiertas de algas del río, lo cual le hubiera hecho traición.

Para escapar de las indiscretas miradas de algunos indígenas, que todavía no se habían retirado a sus hogares, a pesar de la hora avanzada de la noche en que había vuelto a penetrar en la ciudad, se vió obligado Martín Paz a atravesar una de las calles más anchas, en medio de la cual se ofreció a sus ojos una gran casa espléndidamente iluminada todavía y delante de cuya puerta principal se halló, viendo salir de ella hermosos carruajes que conducían a sus respectivas moradas a las más notables personalidades de la aristocracia española.

El indio, procurando no ser visto de los lacayos y porteros, se deslizó con maña por entre los carruajes, introduciéndose en aquella suntuosa casa, pues ya le era imposible permanecer más tiempo en la calle a la cual habían acudido algunos zambos curiosos, atraídos por el rumor de los carruajes y por el inusitado movimiento que producían.

Pocos momentos después de haberse retirado los últimos convidados, se cerraron cuidadosamente las puertas del edificio, y el indio se encontró en su interior, en la imposibilidad de huir.

Algunos lacayos discurrían aquí y allá por el anchuroso portal, ocupados en sus respectivos quehaceres, y a fin de no tropezar con ellos se dirigió Martín Paz a una rica escalera, cuyos peldaños eran de madera de cedro y se hallaban tapizados de alfombras riquísimas: las antesalas, iluminadas todavía, no le ofrecían un asilo conveniente; así es que atravesó por ellas con la rapidéz del rayo, desapareciendo finalmente, entre las protectoras tinieblas de un gran salón interior.

Al poco rato se apagaron todas las arañas, y el palacio quedó sumido en la oscuridad y en el silencio.

Martín Paz, como hombre experimentado y de gran energía, que no ignoraba que los momentos eran preciosos, se apresuró a reconocer el terreno en que se hallaba, y a calcular los medio más seguros para emprender la huida.

Las ventanas de aquella habitación daban a un jardín interior, y por ellas no era difícil la retirada. Al cerciorarse el indio de ello, y después de haber medido la distancia que le separaba del suelo, iba ya a arrojarle por la que más a su lado tenía, cuando de improviso oyó a sus espaldas estas palabras:

—Os habéis olvidado de robar los diamantes que han quedado sobre esta mesa.

Martín se volvió súbitamente: un hombre de noble porte y que revelaba en su semblante la más soberbia altivez, le enseñó una riquísima sortija.

Al oír Martín Paz aquel insulto desnudó su puñal; lleno de ira llo un paso hacia el español, cuya sangre fría no se alteró, y dejándose llevar por el arrebató ciego de su indignación levantó el brazo para herirle: pero deteniéndose de repente y volviendo la terrible arma que empuñaba contra su propio pecho, dijo con voz sorda y entrecortada:

—Si repetís lo que acabáis de decirme, me mato en vuestra presencia.

Admirado el español de aquel arranque de nobleza, contempló con atención al indio, y a través de su enlodada cabellera, y no obstante la alteración de sus facciones, advirtió una franqueza tan altiva en aquel semblante, que sintió nacer en su corazón una extraña simpatía hacia aquel desconocido. Sin pronunciar una palabra, se encaminó lentamente a la ventana, la cerró con cuidado, y volviéndose hacia el indio, cuyo puñal había caído al suelo:

—¿Quién sois?... le preguntó.

—El indio Martín Paz, señor... me hallo perseguido por los soldados de la ronda, por haberme defendido de un mestizo que trataba de matarme y a quien derribé de una puñalada luchando cara a cara. Ese mestizo era el prometido esposo de una doncella a quien amo... Ahora, señor, podéis entregarme a mis enemigos, si eso os parece noble y digno.

—Escucha, dijo con gravedad el español; mañana saldré para los baños de los *Chorrillos*; si quieres acompañarme, por el pronto te hallarás seguro y libre de toda persecución, sin que puedas quejarte nunca de la hospitalidad del marqués de la Vega.

Martín Paz se inclinó con su frío ademán, sin demostrar en su rostro la viva emoción que le había causado la escena que acababa de tener lugar.

—Hasta mañana, añadió el marqués; puedes recostarte en esa camilla y dormir tranquilamente, pues nadie es capaz de adivinar que te has refugiado aquí. Buenas noches.

Salió el español de la habitación sin aguardar respuesta, dejando al indio conmovido hasta el punto de sentir que las lágrimas se

agolpaban a sus ojos, considerando la generosidad y confianza que aquel hombre acababa de demostrarle.

Desde entonces se colocó ciegamente bajo la protección del marqués, y sin pensar siquiera que pudieran aprovecharse de su sueño para prenderle, cerró los ojos y durmió tranquilamente todo el resto de la noche.

Amanecía cuando dió el marqués las últimas órdenes relativas a su marcha, mandó recado al judío Samuel para que viniese a su casa, y entretanto se fué a oír la misa de alba.

Esta era una costumbre generalmente admitida y religiosamente respetada por toda la aristocracia del país: Lima era desde su fundación una ciudad esencialmente católica.

Aparte de sus muchas iglesias, contaba veintidós conventos, 16 monasterios y cuatro beaterios o casas de retiro para las mujeres que no pronunciaban votos.

Cada uno de estos establecimientos poseía una capilla particular, de manera que había en Lima más de cien edificios destinados al culto, en donde había 800 sacerdotes, entre seculares y regulares, y 300 religiosos, hermanos legos y hermanas de la caridad constantemente dedicados a las ceremonias religiosas.

El marqués de la Vega, al entrar en la iglesia de Santa Ana, reparó de pronto en una joven que se hallaba arrodillada delante de un altar con el rostro bañado de lágrimas. Advertiase tan profundo dolor en su abatido semblante, que el marqués no pudo contemplarla sin emoción, y ya se disponía a consolarla, dirigiéndole algunas palabras, cuando el padre Joaquín Camarones se le acercó, diciéndole en voz baja:

— Señor marqués; por Dios, haced el favor de no acercaros a esa doncella.

En seguida hizo una señal a Sara, la cual le siguió a una capilla sombría y retirada, que se hallaba completamente desierta.

El marqués de la Vega, se dirigió al altar y oyó la misa con profunda devoción; pero al retirarse del templo recordó de improviso la tristeza que había observado en la bellísima joven arrodillada; su imagen le persiguió hasta su palacio, pues pareció haberse quedado grabada en su alma.

El marqués encontró en su gabinete al judío Samuel, que había acudido puntualmente a su llamamiento.

El viejo judío parecía haber olvidado por completo los sucesos que ocurrieron la noche anterior: la esperanza y el afán de obtener una ganancia animaban su fisonomía, en la cual brillaba la afectuosidad de costumbre en tales casos.

— ¿Qué desea vuestra señoría? preguntó al español con deferencia servil.

— Necesito treinta mil pesos para antes de una hora.

— ¡Treinta mil pesos!... ¿y quién tiene ese dinero?... ¡Por mi santo rey David, es más difícil encontrar esa suma de lo que puede imaginar vuestra señoría!

— Aquí tenéis algunas joyas de gran valor, repuso el marqués de la Vega, sin hacer alto en las palabras del judío: además, puedo

venderos o hipotecaros por la mitad de su valor unas importantes tierras que poseo en el Cuzco.

— ¡Ah! señor, las tierras nos arruinan; no disponemos de bastantes brazos para cultivarlas: los indios huyen a las montañas y nuestras cosechas apenas producen lo que cuestan!...

— ¿En cuánto estimáis esos diamantes?... preguntó el marqués.

Samuel sacó de su bolsillo una pequeña balanza de precisión y se puso a pasar las piedras preciosas con su escrupulosidad acostumbrada, y al paso que ejecutaba aquella operación, seguía hablando como si lo hiciera para sí, despreciando el género, según era en él práctica constante.

— Mala colocación tienen los diamantes en estos tiempos. ¿Qué podrán producir?... Tanto valdría enterrar el dinero... Fijaos, señor que las aguas de éste no son de una perfecta limpieza. ¿Sabéis qué con dificultad hallo medio de dar salida a estos aderezos de tanto valor? Me será indispensable enviar estas joyas a las provincias de la Unión... los americanos del norte me las compran sin duda para venderlas a su vez a los hijos de Albión; pero para eso es preciso concederles una decente comisión; así es que lo que se pierde en el negocio, cae sobre mis costillas... En fin, creo que bien podéis daros por satisfecho con diez mil pesos... No niego que es poco; lo conozco, pero...

El español le interrumpió, diciéndole con el más soberano desdén:

— Ya os he dicho que no son diez mil pesos los que ahora necesito.

— Pues a mí, señor, me es imposible daros ni un rel más.

— Tomad esas alhajas y completadme en el instante la suma que falta para los treinta mil pesos bajo la hipoteca de esta casa, en la parte que sea precisa para asegurar el crédito... ¿Qué decís a esto?...

— ¡Ah, señor! ¿quién es capaz de asegurar en esta tierra tan expuesta a frecuentes terremotos, lo que puede vivir o morir, lo que ha de mantenerse en pié o derrumbarse?

Y hablando así, Samuel golpeaba el suelo con el pié y apretaba el talón sobre el pavimento como si tratara de cerciorarse de la solidez del piso.

— Ea, pues, añadió, como si hiciese un gran sacrificio: para complacer a vuestra señoría haré lo que queráis; pasaré por donde os dé la gana; aunque de momento os aseguro que me es muy penoso desprenderme de un sólo maravedís en metálico, pues voy a casar a mi hija con el caballero Andrés Certa... ¿Le conocéis, señor?...

— No: no le conozco; pero os ruego que os llevéis estas alhajas y me mandéis al instante la suma que os he indicado.

— ¿Queréis que os extienda un recibo?...

El marqués ni siquiera le respondió, y volviéndole la espalda se entró en la habitación contigua.

— ¡Orgullosa española! murmuró Samuel entre dientes: ¡yo humillaré tu altivez, como disiparé tu riqueza!... Por Salomón es fuerza convenir en que soy un hombre hábil, pues logro conciliar

mis intereses y mis sentimientos beneficiándome y humillando a la par a esos altivos cristianos.

El marqués al dejar al judío, encontró a Martín Paz entregado al más profundo desaliento y lleno de vergüenza.

— Señor, la hija de ese judío es la que yo amo.

— ¿Cómo, a una judía?... dijo el marqués con cierto disgusto... pero al ver la dolorosa tristeza del indio, añadió desarrugando el ceño: —Ea, marchemos, amigo mío, y en el camino me contarás eso.

Una hora después, Martín Paz, vestido con un traje que no era el suyo, salía de la ciudad en compañía del marqués de la Vega, que no llevaba consigo ninguno de sus criados.

Los baños de mar llamados los *Chorrillos*, se encuentran situados a dos leguas de Lima.

Aquella feligresía india tiene una bonita iglesia, y es el punto de reunión de la elegante sociedad limeña en la estación calurosa del verano.

Los juegos prohibidos en la ciudad de Lima, se encuentran allí abiertos públicamente para los criollos; las señoras se entregan a ellos con ardor, pues son aficionadas en extremo, y haciendo crecidas puestas a nombre de sus rendidos compañeros, suelen arruinar a más de un rico mancebo que ve desaparecer su fortuna en pocas noches.

Aun no habían acudido a los *Chorrillos* los que anualmente acostumbraban frecuentarlos; así es que el marqués y Martín Paz, retirados en un bonito pabellón levantado a orillas del mar, pudieron vivir tranquilamente, contemplando la inmensa llanura del Océano Pacífico que se extendía ante sus ojos hasta el lejano horizonte.

El marqués de la Vega, pertenecía a una de las casas españolas más antiguas del Perú, y veía terminada en su persona la nobilísima línea de los ilustres antecesores a que se gloriaba de pertenecer.

Era por esta circunstancia que dejaba traslucir en su semblante cierta tristeza que le consumía interiormente.

Después de haberse entregado algún tiempo a la política, mezclándose con actividad en los negocios públicos, acabó por disgustarse, y experimentar una invencible repugnancia hacia aquellas continuas revoluciones, impulsadas únicamente por ambiciones personales, y en provecho de un corto número de hombres audaces, por lo cual se habían retirado completamente, encerrándose en un aislamiento que sólo de vez en cuando interrumpía para cumplir los deberes de la más estricta urbanidad.

Su inmensa fortuna iba disminuyendo de día en día: el abandono en que había dejado sus pingües posesiones, por falta de brazos que cuidasen su cultivo, le obligaba a recurrir con frecuencia a préstamos onerosos; pero la perspectiva de una próxima ruina no le asustaba: la negligencia natural de la raza española, unida a la monotonía de una vida inútil, le habían hecho insensible a cuanto pudiera ocurrirle en el porvenir.

Tiempo atrás había sido esposo de una mujer adorada y padre de una niña encantadora, pero aquellas dos prendas de su corazón

le habían sido arrebatadas por un acontecimiento horrible... por tanto, ningún afecto le ligaba ya al mundo, y dejaba correr su vida con indiferencia a merced de los acontecimientos.

En suma, el marqués consideraba muerto su corazón completamente, cuando sin haber porqué lo sintió latir al contacto del de Martín Paz.

La naturaleza ardiente del indio avivó el mal apagado fuego del corazón del marqués, que tanto tiempo había permanecido sofocado entre cenizas: el gallardo proceder de Martín Paz despertó la caballeresca hidalguía del noble español: además, cansado éste de la degenerada aristocracia de su país en la que ya no tenía la menor confianza; enemistado con los mestizos egoístas que pretendían igualársele, tuvo un verdadero placer en volver sus miradas a aquella raza primitiva que con tan heroico esfuerzo había disputado su suelo americano a los soldados de Pizarro.

En Lima se daba por muerto a Martín Paz, según las noticias que había recibido el marqués; pero siendo a los ojos de éste peor que la muerte el enlace del indio con una judía, el noble español se propuso salvar doblemente a su protegido, dejando casar al mestizo Andrés Certa con la hija de Samuel.

Mientras Martín Paz sentía invadido su corazón por una tristeza insoportable, el marqués, que adivinaba la causa de su melancolía, procuraba evitar toda alusión a los sucesos pasados, y se esforzaba generosamente en distraer al joven indio, hablándole de cosas fútiles y banales.

Sin embargo, cierto día, preocupado el noble español por la tristeza de su huésped, le dijo:

—¿Por qué, amigo mío, renegando así de tu noble naturaleza, te abandonas a un sentimiento vulgar y ordinario? ¿No tienes por antepasado a un Manco Capac, cuyo patriotismo le hizo elevar al rango de los héroes?... Piensa, pues, en el noble papel que podría hacer un hombre valiente que no se dejase abatir por una pasión indigna. ¿Por ventura no tendrías tu valor para reconquistar tu independencia?

—Para eso estamos trabajando, señor, y quizás no esté lejano el día en que mis hermanos se levantarán contra los que tan injustamente nos oprimen.

—Ya entiendo: me hablas de esa guerra sorda que preparan los zambos de la montaña: a una señal convenida, penetrarán en la ciudad con las armas en la mano; pero créeme, serán vencidos como siempre, y vuestros intereses y vuestra fortuna irán desapareciendo en medio de esas continuas revueltas que conmueven el Perú, cuyo rico suelo perderemos al fin, tanto los indios como los españoles, en provecho de los mestizos que no son ni lo uno ni lo otro.

—Nosotros le salvaremos, replicó Martín Paz.

—Sí; lo salvariais, si comprendieseis bien vuestra misión. Oyeme, Martín; a ti a quien amo más de día en día, como si fueses mi hijo, te lo digo con tristeza; nosotros los españoles, hijos degenerados de una raza potente y valerosa, ya no conservamos la energía y la fuerza necesaria para seguir dominando un gran Estado. A

vosotros, pues, os toca vencer ese desdichado *americanismo*, que tiende a extrañar de este país a todo colono extraño a él... y sábelo, Martín, sólo una inmigración europea puede salvar el viejo imperio peruano: ahora bien, en vez de provocar esas continuas guerras intestinas, cuyo sólo objeto es excluir de este país todas las castas a excepción de una sola, tended con franqueza la mano a la población trabajadora del viejo mundo, y aseguraréis vuestra prosperidad y riqueza.

—Los indios, señor, verán siempre en los extranjeros a sus enemigos, y no aguantarán con paciencia que respiren libremente el aire de sus montañas. El dominio que ejerzo sobre ellos no tendrá ya fuerza el día en que deje de jurar por la muerte de sus opresores, sean éstos de la casta que fueren. Además, ¿qué soy en este momento? añadió con tristeza, un fugitivo que no podría vivir ni dos horas siquiera en las calles de Lima.

—Martín, es fuerza que me jures no volver a ella.

—¿Y por qué, señor marqués?... Si lo prometiese sería indigno de vuestro afecto, pues al hacerlo estaría seguro de faltar a mi juramento, y mi corazón es incapaz de hacer traición a los nobles sentimientos.

El marqués quedó pensativo al oír la respuesta del indio; la pasión de aquel joven crecía de día en día, y su noble amigo temblaba viéndole correr a una muerte cierta si osaba penetrar nuevamente en Lima: así es que deseaba de todo corazón que se realizase el casamiento de la judía, y hubiera querido tener en su mano el medio de poderle adelantar todo lo posible.

Para enterarse por sí mismo del estado en que se hallaba aquel asunto, dejó una mañana la estación de los *Chorrillos*, y llegando hasta la ciudad, supo que Andrés Certa, completamente curado de su herida, se hallaba ya en su estado normal, y preparando su próximo enlace, del cual se hablaba ya en toda la ciudad.

El marqués quiso conocer aquella mujer, cuya imágen quitaba el sueño a Martín Paz, y al anochecer se encaminó a la plaza Mayor.

El gentío era como siempre numeroso, y allí encontró al padre Joaquín Camarones, que era su confesor y su antiguo amigo, al cual reveló en confianza la nueva manera de vivir que había adoptado. Asombróse el buen religioso al saber que Martín Paz vivía, y ofreció a su noble amigo velar por su parte en favor del joven indio, y tenerle al corriente de todas las noticias que pudieran interesarle.

De pronto las miradas del marqués se fijaron en una joven, que envuelta en un manto negro, apareció en el fondo de un carruaje.

—¿Quién es esa linda muchacha? preguntó al padre Joaquín.

—Esa es la prometida de Andrés Certa; la hija del judío Samuel, contestó el religioso.

—¡La hija del judío!...

El marqués apenas podía darse cuenta de lo que ocurría: apretó

la mano del padre Joaquín, y tomó de nuevo el camino de los *Chorrillos* pensativo y hondamente preocupado.

Había reconocido en la hija de Samuel a aquella hermosa joven que había visto rezando con tan cristiano fervor en la iglesia de Santa Ana.

V.—EL ODIIO DE LOS INDIOS.

Desde el mismo instante, que las tropas colombinas, confiadas por Bolívar al general Santa Cruz, fueron expulsadas del bajo Perú, aquel país agitado hasta entonces por continuos pronunciamientos, y frecuentes sublevaciones militares, había entrado en un período de relativa calma. Las ambiciones individuales no tendían ya a manifestarse, y el presidente Gamarra parecía asegurado en su palacio de la plaza Mayor.

Por aquella parte nada había, pues, que temer; pero el verdadero peligro, el peligro constante y cercano, no estaba en aquellas efímeras rebeliones tan pronto dominadas como de nuevo en auge y que parecían halagar a los americanos con sus bulliciosos espectáculos y con sus paradas militares.

El verdadero peligro era desconocido para los españoles, y se escapaba también a la atención de los mestizos, que no se dignaban siquiera fijar los ojos en los que creían inferiores a su raza por verlos abajo de ellos.

Pero lo cierto es que existía una agitación musitada entre los indios de la capital, los cuales se reunían con frecuencia con los zambos de la montaña. Estos parecían haber sacudido su habitual apatía. En vez de envolverse en sus ponchos, como de costumbre, y permanecer tendidos en el suelo con los piés vueltos hacia el sol, se esparcían por los campos circunvecinos, deteniéndose para hablar los unos con los otros, no sin reconocerse antes mutuamente por medio de ciertos signos convenidos, después de lo cual, se les veía con frecuencia en las tabernas menos concurridas de las demás clases sociales, en donde podían concertarse con más libertad y sin peligro de ser observados.

Esta inquietud se observaba muy particularmente en una de las plazas más apartadas del centro de la ciudad.

En el ángulo de una de las calles que desembocaban en dicha plaza, había una casa compuesta de un sólo piso, cuyo miserable aspecto no ofrecía nada de agradable a la vista.

Había en ella una taberna de las más inferiores de la ciudad; una *chingana*, cuya dueña era una vieja india que servía a los zambos pobres la *chicha*, especie de cerveza de maíz fermentado, y el *guarapo*, bebida hecha de caña de azúcar.

Las reuniones de los indios sólo tenían lugar en aquella plaza a ciertas horas, y muy particularmente cuando aparecía un largo palo elevado sobre el techo o terrado de la taberna, como aviso o señal de reunión.

Entonces los zambos de todos los oficios, los capataces, los arrieros y carreteros entraban de uno en uno en la *chingana*, y se les

veía desaparecer al instante en su interior, como si los tragara la tierra.

La patrona entre tanto aparentaba estar muy ocupada, y dejando a la criada el cuidado del mostrador, iba ella misma a servir en persona a sus habituales parroquianos.

Muy pocos días después de la desaparición de Martín Paz, hubo una gran reunión en la taberna, en la cual apenas podía distinguirse a los concurrentes a través de la nube de humo que aumentaba la oscuridad del local.

Una cincuentena de indios se hallaban sentados alrededor de una larga y sucia mesa; unos masticando la *coca*, especie de hoja de té mezclada con una tierra odorífera llamada *manubi*; otros bebían grandes tazas de maíz fermentado; pero esto no les distraía en modo alguno del objeto principal de aquella reunión, y oían atentamente las palabras que les dirigía un viejo indio.

Era el Sambo, cuyos ojos brillaban de una manera singular. Vestía como cuando se presentó en la plaza Mayor; pero la expresión de su rostro había variado completamente.

Una vez hubo examinado con mucha escrupulosidad a todos los que componían su auditorio, el Sambo tomó la palabra y se expresó en éstos términos:

—Los hijos del Sol pueden hablar sin recelo de asuntos graves y de gran importancia; no hay oídos traidores que les escuchen para enterarse de sus conferencias: en la plaza algunos de nuestros amigos, disfrazados de cantores callejeros, atraen a los transeúntes a su alrededor, dejándonos a nosotros en completa libertad y sin nadie que nos interrumpa.

En efecto, oíanse en la parte de afuera los sonidos de una bandurria y de una vihuela, y los indios, considerando seguros en el interior de la taberna, prestaban gran atención a las palabras del Sambo en quien tenían puesta toda su confianza.

—¿Qué noticias puede darnos el Sambo, de Martín Paz? preguntó uno de los indios.

—Ninguna. Si ha muerto o vive, sólo el Gran Espíritu lo sabe. Espero a algunos hermanos nuestros que han ido a recorrer las orillas del río hasta su desembocadura en el mar: tal vez ellos hayan encontrado el cuerpo de Martín Paz.

—Era un buen jefe, dijo Manangani, indio feroz y muy temido, pero no se encontró en su puesto el día que la goleta nos traía armas.

El Sambo calló, e inclinó la cabeza.

—Mis hermanos, añadió Manangani, no saben que sostuvimos un reñido tiroteo entre la *Anunciación* y los guardas-costas, y que la pérdida de ese buque hubiera hecho fracasar todos nuestros planes de rebelión.

Las palabras del indio fueron acogidas con un murmullo de aprobación.

—Aquellos de nuestros hermanos que aguarden para juzgar los hechos, serán los bien venidos a mi corazón! repuso el Sambo: ¿quién sabe si mi hijo Martín Paz reaparecerá algún día?...

Escuchad ahora; las armas que nos han sido enviadas de Sechura, están en nuestro poder y escondidas en la montaña de las Cordilleras, prontas a ser utilizadas cuando todos vosotros estéis preparados y dispuestos a cumplir con vuestro deber.

—Y ¿quién nos detiene ya?... exclamó un indio joven y brioso: hemos afilado nuestros cuchillos y sólo aguardamos la señal.

—Dejad venir la hora, dijo solemnemente el Sambo. ¿Conocen mis hermanos a qué enemigo han de herir primero sus manos?

¿Será a esos mestizos que nos tratan como esclavos, y nos fustigan con su látigo, azotándonos como si fuésemos mulos de carga? preguntó uno de los concurrentes.

—No, añadió otro; indudablemente debe ser a esos acaparadores de todas las riquezas de nuestro suelo, que no nos dejan adquirir un poco de terreno para nuestra vejez.

—No tal, dijo el Sambo animándose, y dejando asomar a su semblante una expresión de energía extraordinaria: vuestros primeros golpes deben caer en otra parte: no son esos mestizos los que osaron hace trescientos años hallar con su planta el suelo de vuestros antecesores; no son esos ricos usureros los que arrastraron a la tumba a los hijos de Manco-Capac: no: los orgullosos españoles que la fatalidad arrojó a nuestras independientes riberas; hé ahí los verdaderos vencedores de quienes somos los verdaderos esclavos: no tienen ya la riqueza, pero tienen la autoridad; y a pesar de la emancipación peruana, siguen hollando con sus pies nuestra dignidad y vulnerando nuestros derechos naturales. Olvidemos, pues, lo que hoy somos, y recordemos lo que fueron nuestros padres.

—¡Bien, bien!... exclamó la asamblea con un aplauso de aprobación.

El Sambo interrogó entonces a varios conjurados, y después de haberse cerciorado de que sus amigos del Cuzco y de toda la Bolivia se hallaban dispuestos a levantarse en armas como un solo hombre, reanudó su interrumpido discurso y dijo con calor:

—Pues bien, Manangani, si nuestros hermanos de la montaña guardan tanto odio y tanto valor en su alma, como tienes tú, deben caer sobre Lima como un torrente irresistible desde lo alto de sus cordilleras.

—El Sambo no se quejará de su bravura el día señalado. Que salgan los indios de la ciudad, y no irán muy lejos sin ver surgir en torno suyo innumerables zambos sedientes de venganza. En las gargantas de San Cristóbal y de los Amancaes, permanecen más de uno y más de dos tendidos en el suelo, envueltos en su poncho y con el puñal al cinto en espera de que se les dé una larga carabina... Tampoco ellos han olvidado que tienen que vengar en la sangre española la derrota de Manco-Capac.

—Bien dicho, Manangani; el Dios del odio es el que habla por tu boca. Hermanos míos, dentro de poco sabremos ya el nombre de aquel a quien los jefes habrán escogido para dirigir y llevar a cabo la gran venganza.

El presidente Gamarra no piensa más que en afirmarse en el

poder; Bolivar está lejos de nosotros; a Santa Cruz lo han echado del país; nos es fácil, pues, obrar a golpe seguro. Dentro de pocos días la fiesta de los Amancaes hará que nuestros opresores se entreguen al placer y a las diversiones; que cada uno de los nuestros se halle pues en disposición de ponerse en marcha, y que la nueva llegue hasta la última aldea de Bolivia.

En aquel instante entraron tres indios en la taberna: el Sambo se dirigió a ellos con presteza y les preguntó:

—¿Qué hay?...

—El cuerpo de Martín Paz no ha sido hallado: hemos recorrido todo el río; nuestros mejores buzos han explorado todos sus senos con el más atento cuidado y escrupulosidad, y estamos casi seguros de que el hijo del Sambo no ha perecido en las aguas del Rimac.

—En tal caso, ¿qué ha sido de él? ¿Le han matado acaso?... ¡Oh! desgraciados de ellos si han asesinado a mi hijo! Que mis hermanos se separen en silencio: que cada uno vuelva a su puesto... ¡ojo avizor... velemos y esperemos!

Los indios abandonaron la taberna y se dispersaron por distintas calles.

El Sambo se quedó solo con Manangani, el cual le preguntó:

—¿El Sambo sabe qué idea condujo a su hijo a San Lázaro?

¿El Sambo está seguro de su hijo?

Un rayo de ira brilló en los ojos del viejo indio, que la cólera había inyectado en sangre.

El feroz Manangani, a pesar de su valor, dió un paso atrás...

El Sambo se contuvo y dijo:

—Si Martín Paz hubiese traicionado a sus hermanos, ya mataría desde luego a todos aquellos a quienes hubiese consagrado su amistad; a todos aquellos a quienes hubiese dado su amor... después le mataría a él, y finalmente me mataría a mi mismo, para no dejar debajo del sol el menor resto de una raza deshonrada.

En aquel momento la patrona abrió la puerta de la habitación, y dirigiéndose al Sambo puso en sus manos un billete que iba dirigido a su nombre.

—¿Quién te ha dado eso? preguntó el viejo indio.

—Nadie: algún bebedor de *chicha* habrá dejado olvidado a propósito ese papel, pues lo he encontrado encima de una mesa.

—¿Aquí no han venido más que indios?...

—Sólo indios han entrado en la taberna.

—Está bien, déjanos.

Salió la patrona, y el Sambo desdoblado el billete leyó en voz alta:

—«Una joven doncella ha rezado mucho por la vuelta de Martín Paz, pues no olvida al noble indio que le ha protegido y ha arriesgado su vida por ella. Si el Sambo tiene alguna noticia de su pobre hijo, o alguna esperanza de hallarlo, que envuelva su brazo en un pañuelo encarnado: hay unos ojos que lo ven pasar todos los días».

El Sambo estrujó el billete entre sus crispadas manos.

— ¡El miserable, dijo con ira, se ha dejado cultivar por unos ojos de mujer!...

— ¿Quién es esa mujer? preguntó Manangani.

— Sin duda no es una india, respondió el Sambo, observando el billete: es alguna jóven elegante... ¡Por la muerte!... ¡Repudio a Martín Paz!...

— Decidme: ¿haréis lo que esa mujer os pide?... preguntó Manangani.

— De ningún modo, respondió con violencia el indio: que pierda toda esperanza de volverle a ver algún día y que muera de ansiedad si es necesario.

El Sambo rasgó el billete.

— Ved que es un indio el que ha traído esa misiva, observó Manangani.

— Sí, pero no puede ser de los nuestros; habrá sabido que frecuente esta taberna y ppor eso me ha buscado aquí, más en lo sucesivo no volveré a poner el pié en ella... Ea, ya nos hemos ocupado demasiado de cosas tan insignificantes, añadió cambiando de tono: que mi hermano Mananganá vuelva a la montaña... yo me quedo aquí para volver a la ciudad... ¡Veremos para quién es más alegre la fiesta de los Amancaes, si para los opresores o para los oprimidos!

Terminado este breve coloquio los dos indios se separaron, marchando en distintas direcciones.

El plan de los conspiradores estaba perfectamente combinado y la hora de su ejecución bien escogida.

El Perú, despoblado casi, a consecuencia de las continuas revueltas que le conmovían, no contaba ya más que un corto número de españoles y mestizos.

La irrupción de los indios que acudían de todas partes, lo mismo de los bosques del Brasil, que de las montañas de Chile y de las llanuras de la Plata, llenaba con un ejército formidable el teatro de la guerra.

Las grandes ciudades, como Lima, Cuzco y Puna, debían ser arrasadas, y no era de esperar que las tropas colombianas, arrojadas del país hacia poco tiempo, fuesen a socorrer a sus enemigos cuando estos se hallasen en peligro.

Tal desquiciamiento social era naturalmente muy favorable a la conspiración de los indios si el secreto se guardaba escrupulosamente en el pecho de éstos; y es lo cierto que entre ellos no había traidores.

Pero ignoraban que aquel mismo día un hombre había obtenido una audiencia del presidente Gamarra. Este hombre le hizo saber que la goleta *Anunciación* le había sido apresada por piratas indios que la abarrotaron de toda clase de armas, las cuales fueron alijadas por las canoas de los zambos en la desembocadura del río Rimac. Y este hombre que reclamaba una crecida recompensa por el servicio que prestaba al gobierno, era, no obstante, el mismo que había facilitado su buque a los agentes del Sambo, recibiendo por ello una suma enorme, a pesar de lo cual, fué acto continuo a

vender el sagrado secreto que había podido sorprender al entablar su negociación con los indios.

¿No ha adivinado el lector en este miserable al judío Samuel?

VI.—DESPOSORIOS ACCIDENTADOS.

Andrés Certa, ya restablecido de su herida, y convencido de la muerte de Martín Paz, aceleraba los preparativos de su boda y aguardaba con impaciencia el momento de poder exhibir en su compañía a su hermosa prometida por las calles de Lima.

Sara no disimulaba su desdenosa indiferencia; pero él no hacía caso de sus desdenes, considerándola siempre como un objeto de compra y venta, que creía bien pagado con cien mil pesos.

Pero, con todo Andrés Certa desconfiaba del judío, y tenía razón para ello.

Si aquel contrato era poco delicado, los contratantes lo eran menos todavía; así es que el mestizo quiso tener una entrevista secreta con el judío, y para ello, lo llevó en cierta ocasión a los baños de mar de los Chorrillos.

Una vez allí, ocurriósele tentar las eventualidades del juego antes de realizar su boda.

Los juegos de azar, y envite prohibidos en Lima, se toleran, como hemos dicho ya, fuera de la ciudad: allí los limeños y limeñas, que sienten una pasión irresistible por ellos, entregados libremente a su afición favorita arriesgan en ello grandes sumas.

Las partidas comenzaron algunos días después de la llegada del marqués de la Vega a los Chorrillos, y desde entonces se observaba un movimiento incesante en el camino que conducía de los baños a la capital. Unos iban a pié y se volvían en carruaje; otros a caballo, y todos dispuestos a perder los últimos restos de su fortuna.

El marqués y Martín Paz nunca tomaban parte en aquellos juegos insustanciales para ellos: los ensueños del joven indio tenían más noble causa; soñaba a todas horas con Sara, y pensaba constantemente en su noble protector.

La afluencia de los limeños de la buena sociedad a los Chorrillos no ofrecía peligro alguno para él, que apenas era conocido en la ciudad, como sucedía con todos los indios de la montaña, de manera que la era fácil recatarse a las miradas de los que ignoraban su salvación.

Después de dar sus paseos nocturnos en compañía del marqués, volvió Martín Paz a entrar en su habitación, y apoyando los codos en la ventana, dejó transcurrir en aquella actitud largas horas, dejando vagar sus tumultuosos pensamientos por la inmensa llanura del Océano Pacífico que se extendía ante sus ojos.

El marqués de la Vega, que se alojaba en una pieza inmediata, velaba por él con solicitud verdaderamente paternal.

El noble español no dejaba de pensar en la hija de Samuel, a la que tan impensadamente había conocido rezando en el templo católico; pero no se atrevía a confiar tan grave secreto a Martín

Paz, pues habiéndose propuesto instruirle en los sagrados misterios de la religión católica, temía renovar en su alma los sentimientos que con tanto empeño quería borrar de ella, opinando que el pobre indio oscuro y proscrito debía renunciar a toda esperanza de conseguir la posesión de Sara.

El padre Jacinto tenía al corriente al marqués de la Vega de lo que ocurría en Lima.

La policía había acabado por olvidar a Martín Paz, y por suspender las diligencias que en su busca se venían practicando; por cuya razón era de esperar que con el tiempo, y con la influencia de su noble y generoso protector, el indio, que se iba haciendo un hombre de verdadero mérito y capaz de llevar a cabo grandes acciones, podría llegar algún día a ocupar un lugar distinguido en la sociedad elevada del Perú.

Entre tanto Martín Paz, cansado de vivir en la incertidumbre penosa en que estaba con respecto a su amada, resolvió un día acabar sus dudas, abandonando el asilo en que se había refugiado.

Merced al traje de español que vestía desde su llegada a los Chorrillos, le era dado presentarse en público, penetrar en las casas de juego y oír las conversaciones en que se trataba de los sucesos ordinarios del día.

Andrés Certa, era un hombre de suficiente importancia para que su boda llamase la atención pública, y para que diese pábulo a las habillas, y ésto decidió al indio a poner por obra su proyecto de averiguar por este medio como seguía el proyecto de boda de aquel.

Cierta noche, pues, en vez de dirigir sus pasos, como de costumbre, hacia las solitarias orillas del mar, se encaminó Martín hacia las altas rocas donde se hallaban enclavados los principales edificios y los más elegantes pabellones de los Chorrillos.

Una casa de hermoso aspecto a la que se subía por una ancha y cómoda escalera de piedra perfectamente iluminada, se presentó a su vista, y penetró en ella sin hacer ruido.

La jornada había sido allí deplorablemente mala para los ricos limeños: algunos de ellos, quebrantados por el sueño y por las sensaciones violentas del juego durante la noche, descansaban tendidos en el suelo y envueltos en sus ponchos.

Algunos estaban sentados delante de una mesa cubierta con un tapete verde dividido en cuatro cuadros formados por dos líneas cruzadas en ángulos rectos, en cada uno de los cuales había una de las primeras letras de las palabras azar y suerte, esto es, una A y una S.

Los jugadores apuntaban a una de estas dos letras, y el banquero que respondía a las apuestas echaba sobre la mesa dos dados cuya combinación de puntos señalaba el gana pierde al que había señalado una u otra letra.

En aquel momento la partida estaba en su apogeo. Un mestizo jugaba contra la banca con un ardor febril.

—Dos mil pesos, dijo.

El banquero movió los dados y los arrojó sobre la mesa ganando la partida; el jugador lanzó un terrible juramento.

—Cuatro mil pesos, repitió, y los perdió también.

Martín Paz, protegido por la penumbra de la parte del salón en que se hallaba, había conocido perfectamente al jugador, y palideció.

Era Andrés Certa: en pie y a su lado se hallaba el judío Samuel.

—Basta de juego, señor Andrés, dijo éste en voz baja, hoy no estáis en vena.

—¿Y a vos qué os importa? contestó agriamente el mestizo.

El israelita, acercándose a su oído y bajando más la voz, dijo:

—Si no me importa a mí; a vos sí que os importa abandonar esta costumbre, al menos en los días que anteceden a vuestra boda.

—Ocho mil pesos, añadió Andrés Certa, sin hacer caso del judío, y apuntando a la S.

El banquero tiró los dados y salió la letra A.

—Sotinuad vuestro juego, dijo el banquero. Andrés sacó del bolsillo un paquete de billetes, y ya iba a arriesgar de nuevo una suma considerable, cuando, en el momento en que alargaba la mano sobre el tapete y el banquero movía los dados para decidir el juego, una seña del judío detuvo a éste. Entonces Samuel se inclinó hasta el oído del mestizo y le dijo:

—Si no guardáis dinero para que podamos dejar concluido nuestro trato esta noche, queda roto el convenio.

Andrés Certa se encogió de hombros, recogió el dinero y levantándose de una manera brusca se marchó.

—Continuad ahora, dijo Samuel al banquero: ya tendréis tiempo de arruinar a ese mozo después que se haya casado.

El banquero se inclinó con cierta deferencia; el judío Samuel era el fundador y el propietario de las casas de juego de los Chorrillos, porque era indudable que donde había un real que ganar allí estaba el viejo israelita.

Tras estas breves palabras siguió al mestizo, y alcanzándole en el portal de la casa le dijo:

—Tengo cosas muy graves que comunicaros, ¿dónde podremos hablar con seguridad?

—Donde queráis, le contestó bruscamente Andrés Certa.

—Señor Andrés, procurad que vuestro mal humor no eche a perder vuestro brillante porvenir: yo no me fío ni de la habitación mejor cerrada, ni del lugar más desierto para revelaros mi secreto. Si me lo pagáis bien, sabed que es tan bueno para dicho, como para reservado.

Hablando así ambos, se alejaron de la casa y se fueron aproximando a la orilla del mar, junto a las cabañas destinadas a los bañistas, sin poder ni soñar siquiera que eran vistos, oídos y expiados por Martín Paz, que se había deslizado tras ellos como una serpiente en la oscuridad de la noche.

—Tomemos una canoa, dijo Andrés, y nos iremos mar adentro; allí los peces nos guardarán sin duda el secreto.

Diciendo así, desató de la orilla una pequeña embarcación, y dando algunas monedas al que la guardaba, se embarcó en ella con Samuel, y se apartó de la playa manejando dos largos remos que se cimbreaban al vigoroso impulso con que los manejaba el mestizo, quien consiguió en breves instantes apartarse bastante de la orilla.

Martín Paz, al ver que se alejaba la canoa desde las escabrosidades de un peñasco en que se había ocultado, se desnudó precipitadamente, y arrojándose al mar, se dirigió a la embarcación nadando vigorosamente.

La noche había cerrado por completo y las tinieblas se cernían sobre la superficie de las aguas.

Martín Paz ni siquiera pensó en que los voraces tiburones abundaban en aquel peligroso paraje, y llegando sin producir ruido alguno junto a la barca del mestizo pudo oír estas palabras:

—¿Pero qué pruebas podré yo dar al padre de la identidad de su hija? preguntó Andrés al judío.

—Le recordaréis las circunstancias que procedieron a la pérdida de la niña.

—¿Y qué circunstancias son esas?

—Voy a deciros las, replicó el judío.

Martín Paz, flotando silencioso sobre las olas, oía sin comprender: en un cinturón ceñido al cuerpo llevaba un puñal... y escuchaba con afán.

—Su padre, que es el gran señor que sabéis, vivía en la Concepción, en Chile: su fortuna rivalizaba entonces con su gran nobleza. Pero siéndole preciso venir a Lima por asuntos de interés, se embarcó sólo, dejando en la Concepción a su mujer y a su hija, ésta de quince meses de edad. El clima del Perú le convino bajo todos conceptos y dió orden de que la marquesa pasase a reunirse con él. Se embarcó en efecto, la señora en el *San José* en Valparaíso, acompañada de criados de toda confianza. Yo venía al Perú en la misma embarcación. El *San José* debía abordar en Lima; pero próximos al Callao, a la altura de la isla de Juan Fernández, nos sorprendió un terrible huracán que hizo perder a la nave la obra muerta de uno de sus costados en menos de media hora: el *San José* se llenaba de agua y se iba a fondo poco a poco. La tripulación y los pasajeros buscaron refugio en la chalupa, pero a la vista del mar enfurecido, la marquesa no quiso poner el pié en ella. estrechó en sus brazos a su niña y permaneció a bordo del *San José*. Yo me quedé con ella: la chalupa se puso en marcha, pero la mar se la tragó a las cien brazas del buque con todos los que llevaba dentro... Entonces quedamos solos: la tempestad se desencadenaba con una furia siempre creciente. Yo, a pesar de todo, como no tenía nada que perder a bordo, no desesperaba. El *San José* entregado a merced de las olas y con cinco piés de agua en la bodega, arribó al fin a las rocas de la costa, estrellándose contra ellas. La noble señora cayó al agua con su hija; pero felizmente para mí, añadió el judío con lúgubre sonrisa, tuve la fortuna de coger a la niña y de ganar con ella la orilla.

—¿Pero todos esos detalles son ciertos? preguntó Andrés.

—Ciertísimos. El padre les dará crédito en cuanto lleguen a su noticia. Ya veis, señor Andrés, que hice una buena jornada, pues va a valerme los cien mil pesos que me daréis sobre la marcha. Ahora ya podemos disponer la boda para mañana.

—¿Qué quiere decir todo esto?... se preguntaba Martín Paz a sí mismo, nadando en la oscuridad.

—Aquí tenéis mi cartera con cien mil pesos: tomadlos, maese Samuel, dijo Andrés Certa al judío.

—Gracias, señor Andrés, repuso el israelita apoderándose de aquel tesoro: tomad vos en cambio este recibo: y me comprometo a restituíros el doble de esta suma, si con este casamiento no entráis a formar parte de una de las familias más ilustres de la primera nobleza española.

El indio no escuchó estas últimas palabras, pues se había visto obligado a zambullirse en el agua, para evitar la embestida de la chalupa. Cuando apareció de nuevo a la superficie, sus ojos vrieron una masa oscura que se deslizaba hacia él; creyó que todavía era la embarcación del mestizo; pero se engañaba: era una *tintorera*, especie de tiburón de los más voraces.

Martín Paz no se movió, pues hubiera sido irremisiblemente devorado. El animal se acercaba a él: entonces se sumergió rápidamente; pero pronto se vió obligado a subir de nuevo a la superficie para respirar fuera del agua, y dirigió una mirada al cielo, como si no debiera volverle a ver: las estrellas brillaban sobre su cabeza: la *tintorera* seguía acercándose a él: una tremenda sacudida de su cola la hizo tropezar con el nadador... Martín Paz sintió que rozaba su pecho la viscosa escama del cetaceo... el tiburón dió una vuelta sobre sí mismo para cogerle, abriendo las quijadas armadas de tres filas de dientes... Martín vió brillar entre las olas el vientre blanco de la fiera, y con mano segura y rápida clavó en él la hoja de su puñal.

En seguida se vió entre las aguas enrojecidas por la sangre del animal herido... y sumergiéndose de nuevo, nadó con todas sus fuerzas y salió a diez brazas de distancia, pensando en la hija de Samuel... pero no viendo ya la chalupa del mestizo, alcanzó rápidamente la orilla y saltó a tierra sin ni siquiera guardar recuerdo de que acababa de salvarse milagrosamente de una muerte cierta.

Pronto se reunió con el marqués de la Vega, el cual, no habiéndole encontrado en casa cuando volvió a ella, le esperaba con inquietud.

Martín no le dijo nada de lo que le había sucedido, y aparentó experimentaba una verdadera complacencia en conversar de cosas indiferentes con su protector, pero al día siguiente desapareció de los Chorrillos: inquieto el marqués, por su ausencia, se volvió a Lima.

*

* *

El casamiento de Andrés Certa con la hija del rico judío Samuel era un verdadero acontecimiento en la ciudad limeña.

Las señoras, en particular, no se daban punto de reposo al

pensar en la ceremonial nupcial, y se fatigaban moralmente en imaginar trajes y adornos de gran novedad, y elegantes peinados, y no experimentaban menor fatiga material al ponerse y quitarse distintos vestidos para probar si les sentaban bien y si producían buen efecto.

Interin se hacían grandes preparativos en casa de Samuel, pues entraba en las miras del viejo israelita dar gran brillo y ostentación al casamiento de Sara.

Las pinturas al fresco que adornaban las principales habitaciones de la casa, a la moda española, habían sido completamente restauradas.

Ricos tapices caían en anchos pliegues sobre las puertas y ventanas de todas las habitaciones: muebles tallados del mejor gusto, de ricas y odoríferas maderas, atestaban los vastos salones, en cuyo suave ambiente se aspiraban gratos perfumes y se disfrutaba de una deliciosa frescura.

Una variedad inmensa de arbustos raros, productos de los climas cálidos, y de tierras remotas, encantaban la vista, colocados en jarrones de porcelana, y hubiérase dicho que una eterna primavera reinaba en aquel recinto, al ver la profusión de flores que llenaba de frescura y de fragancia las risueñas azoteas que coronaban el edificio.

No obstante, en medio de tantas maravillas, de tanta ostentación y de tanta riqueza, Sara estaba triste, pues su corazón no tenía ya esperanza, puesto que el Sambo tampoco la tenía; y que el Sambo nada sabía de su hijo, se lo declaraba el que todos los días se presentaba en la ciudad sin llevar la señal que debía revelar su esperanza.

El negro Libertad en vano había espiado los pasos del viejo indio, pues nada había notado de extraordinario en su persona.

¡Ah!... si la pobre niña hubiese podido seguir los impulsos de su corazón, no hubiera vacilado en encerrarse en alguno de aquellos monasterios que tanto abundaban en Lima, para morir en él, llorando y entregada al rezo.

Arrastrada por un inefable atractivo hacia los dogmas católicos, la joven judía se había convertido en secreto al cristianismo, instruida al efecto por el buen padre Jacinto, y estaba ya ligada a esta sublime religión de esperanza y de amor que tanto se compadecía con los nobles y delicados sentimientos de su corazón.

En el caso de que su padre la hubiese destinado para esposa de un indio, hubiera confesado públicamente su creencia antes de llegar al altar; pero debiendo casarse con un católico, resolvió guardar secreto y revelar después a su esposo su conversión.

El padre Jacinto, a fin de evitar un escándalo, y sabiendo leer en su breviario mejor que en el corazón humano, había dejado ignorar a Sara la suerte de Martín Paz.

La conversión de la joven israelita era lo que más le preocupaba, y creía verla asegurada con su boda con Andrés Certa, por cuya razón procuraba familiarizarla con la idea de aquella unión cuyas condiciones estaba muy lejos de sospechar.

Por último, en aquel día, para unos tan alegre, tan triste para otros, Andrés Certa, había convidado a toda la ciudad para que por la noche asistiese a su boda; pero sus invitaciones no fueron admitidas por las familias aristocráticas, que se excusaron pretextando motivos más o menos plausibles.

Esto no obstante, el rico mestizo se erguía orgullosamente, dignándose apenas mirar a los individuos de su clase que habían acudido a su invitación.

El pequeño Miraflores en vano intentó a hacer las más humildes genuflexiones delante de su amigo; pero se consoló con la idea de que figuraría como parte activa en el banquete de los desposorios.

Entre tanto los jóvenes mestizos sus compañeros discurrían con él por los espléndidos salones del rico judío, y un número inmenso de convidados rodeaba y acosaba a Andrés Certa, que lucía henchido de vanidad su espléndido traje.

El contrato iba a firmarse muy pronto. Ya hacía algún tiempo que el sol se había puesto, y la joven novia no parecía...

Indudablemente estaría discutiendo con su dueña y con sus doncellas acerca de la colocación de un lazo o una cinta, o de la joya que sentaría mayor a su tocado.

¡Quién sabe si aquellas dulces sensaciones que tan pudorosos y vivos colores hacen asomar al rostro de las doncellas en ciertas momentos de la vida, la retenían lejos de las curiosas miradas de los convidados!

El viejo Samuel parecía sentir un mal estar secreto. Andrés Certa fruncía el entrecejo de una manera que revelaba claramente su impaciencia: en la cara de la mayor parte de los convidados se adivinaba un especie de embarazo contagioso, en tanto que centenares de bujías colocadas en magnificas arañas de cristal y ricos candelabros de plata alumbraban los salones con claridad diurna.

Entre tanto, a la parte de afuera de aquella suntuosa mansión y en torno de sus muros discurría un hombre, que en su rostro y en sus ademanes llevaba pintada una ansiedad mortal.

Aquel hombre era Martín Paz.

VII.—TODOS LOS INTERESES EN JUEGO.

Sara en aquellos momentos permanecía sola en su estancia; sola con sus agonías y sus dolores.

Iba a entregar su vida toda entera a un hombre a quien no podía amar.

Entregada a sus pensamientos, se apoyó sobre la baranda del del perfumado balcón de su gabinete que daba a un jardín interior de la casa.

A través de las verdes celosías su oído percibía los murmullos del campo, amortiguados ya a aquellas horas.

Un pañolón de Manila bordado de lentejuelas de plata caído a la espalda dejaba brillar en su garganta y torso gran profusión de diamantes en forma de collares y de joyeles. Su dolor resignado

y altivo surgía a través de aquellos riquísimos adornos, de suerte que se la hubiera podido tomar por una de aquellas hermosas odalisecas encerradas en los harenos que sobrellevaban noblemente su desdicha envueltas en sus antiguas vestiduras.

De pronto se fijaron las miradas de la joven en un hombre que silenciosamente se deslizaba entre las calles de magnolias y de acacias que embellecían el jardín. Era Libertad su criado favorito; parecía espiar a algún enemigo invisible, ya escondiéndose tras una estatua, ya tendiéndose con precaución en el suelo.

Sara sintió miedo, y miró en torno suyo. Estaba sola, enteramente sola. Sus ojos volvieron a dirigirse al jardín y se estremeció de improviso. Ante su vista tenía lugar una escena terrible. Libertad luchaba con un hombre de elevada estatura y de fuerzas hercúleas al parecer, quien le había ya arrojado al suelo con gran facilidad y la ahogada respiración del negro probaba que una mano robusta apreta su garganta.

La joven, recobrando el aliento que le había hecho perder la sorpresa, se disponía a pedir socorro; pero de pronto vió que aquellos dos hombres se levantaban: el negro miró a su adversario con ira y murmuró:

—Tú... ¿con qué eres tú?...

Tras estas breves palabras siguió a aquel hombre, sobrecogido de estupor, y un momento después llegaban ambos debajo del balcón en que se hallaba Sara.

De pronto, y cuando iba a lanzar ya un grito, vió delante de sí a Martín Paz, que se le aparecía como un espectro de ultratumba y al negro Libertad postrado a los pies del indio.

La joven, anonadada ante la mirada de Martín, no pudo contener un grito de terror, y sus labios murmuraron a su vez.

—¡Vos... sois vos!...

El indio fijó en ella una mirada inmóvil y dijo como si hablara consigo mismo:

—La prometida oye ya el ruido alegre de la fiesta: los convidados se agolpan a los salones para ver resplandecer en su rostro los destellos de la felicidad. ¿Es por ventura una víctima preparada al sacrificio la que va a ofrecerse a sus ávidas miradas? Con ese rostro pálido por el dolor, con esos ojos que brotan lágrimas amargas, ¿es como ha de presentarse la joven desposada a su prometido?

Martín Paz hablaba así con una voz triste y llena de conmovedora melancolía, y su acento su asemejaba a esas extrañas armonías que se escuchan entre sueños.

Después de una breve pausa continuó diciendo con inefable dulzura:

—Puesto que el alma de la doncella está de luto, que dirija su mirada más allá de la casa paterna, más allá de la ciudad donde sufre y llora: que mire más allá de las montañas. Allí la palmera yergue con libertad su gallarda cabeza: los pájaros hienden los aires con ala independiente: los hombres tienen la inmensidad

por límite, y las doncellas, auras purísimas para respirar y para desahogar en ellas los suspiros del corazón.

La hermosa levantó los ojos para mirar a Martín Paz: el indio se había levantado, dejando ver toda su aventajada estatura, y extendiendo un brazo hacia la cumbre de las Cordilleras vecinas, señalaba a la doncella el camino de la libertad.

Sara se sentía empujada por una fuerza superior...

Hasta ella llegaban ya algunas voces de personas que se acercaban a su habitación... Sin duda su padre iba a entrar en ella... tal vez le acompañaba su prometido... Martín apagó súbitamente la lámpara que ardía suspendida sobre su cabeza... un silbido, semejante al canto del jilguero le hizo recordar el que había oído en otro tiempo en la plaza Mayor, e interrumpido el silencio de la noche hendiendo las tinieblas... Sara se estremeció: notó que se le oscurecía la vista y cayó sin sentido en brazos del indio...

Abrióse la puerta bruscamente... Samuel y Andrés Certa penetraron con precipitación... La oscuridad era profunda... algunos criados acudieron con luces... la estancia estaba vacía...

—¡Muerte y maldición!... gritó el mestizo.

—Vos me respondéis de esta desaparición, dijo Andrés Certa con ira.

Al oír estas palabras, sintió Samuel un sudor frío que le helaba hasta los huesos.

—¡Socorro... socorro!... ¡seguidme!... gritó desesperado, y se lanzó fuera de la casa llevando en pos de sí a sus criados.

Martín Paz huía entre tanto con Sara en los brazos, a través de las calles de la ciudad.

El negro Libertad seguía a todo correr tras él; pero sin que al parecer le pretendiera disputar la doncella.

A unos doscientos pasos de la casa del judío, Martín encontró a algunos indios de la montaña que se habían reunido al oír el silbido dado por él.

—¡A nuestros ranchos! les gritó.

—¡A casa el marqués de la Vega! dijo otra voz detrás de él. El indio volvió la cabeza y vió a su lado al noble español.

—¿Acaso teméis en confiarme esa doncella? preguntó el marqués.

Martín inclinó la cabeza, y dijo con voz conmovida dirigiéndose a sus camaradas:

—¡A casa del Sr. Marqués de la Vega!

Los indios le siguieron hacia el punto que les había indicado.

El más completo desórden reinaba entretanto en los salones del judío. La noticia de la desaparición de Sara produjo el efecto de un rayo. Los amigos de Andrés se precipitaron tras sus pasos en busca de la fugitiva. El arrabal de San Lázaro fué escrupulosamente seguido y registrado en todos sus extremos, pero nada se pudo descubrir.

Samuel se mesaba los cabellos con desesperación.

Durante toda la noche se hicieron las más activas diligencias, se inquirió de puerta en puerta, todo inútil.

— ¡Martín Paz vive! gritó Andrés Certa en un arrebato de furor.

Y bien pronto aquel presentimiento del mestizo tomó en su ánimo el carácter de una realidad. Acto continuo se dió parte del suceso a la policía y sus más activos agentes se pusieron en movimiento.

Los indios fueron desde aquel instante vigilando muy de cerca, y si no se logró descubrir el paradero de la doncella, se adquirieron en cambio pruebas evidentes de que se preparaba una próxima sublevación; pruebas que coincidían con la delación que había hecho el judío.

Andrés Certa prodigó el oro a manos llenas; pero nada pudo averiguar. No obstante, los que se hallaban de guardia en las puertas de la ciudad aseguraban que no había salido nadie de ella, durante la noche. La jóven, pues, debía hallarse escondida dentro de Lima.

Al regresar el negro Libertad a casa de su amo, fué interrogado varias veces por éste; pero el pareció ser el más sorprendido que él del suceso de que se le hablaba y nadie mostraba más extrañeza acerca de la desaparición de Sara.

No obstante, había otro hombre además de Andrés Certa que en la desaparición de la judía había visto una prueba de la existencia de Martín Paz; aquel hombre era el Sambo.

Este, como de costumbre, vagaba por las calles de Lima, cuando de pronto llamó su atención el singular silbido lanzado por el joven indio en medio del silencio de la noche, pues aquel silbido era una señal convenida para reunirse los zambos que le era muy conocida. El viejo indio pudo, por lo tanto, asistir a la escena que tuvo lugar en el jardín del judío y ver como se llevaron la doncella siguiéndola de lejos hasta la casa del marqués de la Vega.

El noble español la hizo entrar por una puerta secreta cuya llave no confió a nadie, de manera que sus criados y las demás gentes de su servidumbre no advirtieron nada.

Martín Paz, que llevaba a Sara en sus brazos, la depositó en un magnífico lecho cubierto de damasco.

Quando el noble español que quiso entrar en su casa por la puerta principal para no infundir sospechas, llegó a la habitación donde reposaba la doncella, encontró a Martín Paz arrodillado a sus plantas... su primer impulso fué dirigir al indio sentidos reproches por la conducta que había observado, pero éste se le adelantó y le dijo:

— Ya véis, padre mio, si os amo, cuando me tenéis aquí. ¡Ah! ¿por qué os habéis atravesado en mi camino? A no ser por ello ya seríamos libres y nos encontraríamos en nuestras montañas, pero ¿cómo podía desobedecer yo una orden vuestra?

El marqués no supo qué responder, y sintió una viva emoción en su alma. En efecto, era necesario que fuese mucho el amor y el respeto que le profesaba, para haberle obedecido en semejantes circunstancias en que se hallaba.

— El día, añadió el indio, en que Sara tenga que dejar vues-

tra casa para pasar de nuevo a la de su padre y unirse a su prometido esposo, tendréis un amigo y un hijo menos en el mundo.

Cuando pronunció estas palabras, los ojos de Martín Paz humedecieron con lágrimas la mano del marqués... era aquel el primer llanto que había vertido el altivo indio.

Las reconvenciones que el marqués pensaba dirigirle murieron en sus labios al ver tan respetuosa sumisión. La hermosa Sara iba a ser su huésped y desde aquel instante era sagrada para él, pero no pudo menos de admirar las perfecciones de la hermosa que continuaba todavía desmayada, ni dejar de amar tiernamente a aquella a quien había encontrado en el templo en el acto de su conversión y a quien hubiese querido poder ofrecer por compañera al joven indio.

De improviso abrió Sara los ojos, y sorprendida al verse delante de un desconocido:

—¿Dónde estoy? exclamó estremecida y con acento dolorido.

—En presencia de un hombre noble y generoso que me ha honrado, autorizándome para llamarle padre, respondió Martín Paz mostrándole al marqués.

Sara al recobrar completamente los sentidos y al reconocer la verdadera situación en que se hallaba oyendo la voz del indio, se cubrió ruborosamente el rostro con las manos y sin poder contener sus sollozos.

—Retírate, amigo mío, dijo el marqués al joven, retírate y déjame solo con ella.

El indio salió lentamente de la habitación, no sin haber estrechado antes de una manera expresiva la mano del español, ni sin haber dirigido a Sara una prolongada y penetrante mirada.

El marqués de la Vega prodigó a la pobre niña todo género de consuelos con la delicadeza más exquisita, y demostrándole la consideración y el amor de un padre, le hizo oír un lenguaje que revelaba sus delicados sentimientos, y la nobleza y elevación de su alma.

La israelita oyóle atenta y resignada y al escuchar sus palabras, comprendió los grandes peligros de que se había librado, confiando sin recelo, su porvenir y su vida a los cuidados y a la generosa protección de aquel noble español.

Pero éste, entre las entrecortadas frases de Sara, y al escuchar los suspiros que se escapaban de su pecho, mientras que sus ojos vertían abundantes lágrimas, adivinó desde luego el tierno afecto y la verdadera pasión que sentía aquella alma candorosa por el que ella llamaba su libertador.

Después de consolarla, la invitó a que descansara algunos momentos, y dejándola sola, veló por ella con solicitud paternal.

Martín Paz, sin necesidad de que nadie se lo indicase, comprendió lo que el honor exigía de él, y no queriendo pasar la noche bajo el techo del marqués a pesar del peligro a que iba a exponerse, marchóse inmediatamente de su casa.

La fiebre hacía arder la sangre en sus venas.

No había andado cien pasos en la calle, cuando cinco hombres

se arrojaron sobre él de improviso, y a pesar de la vigorosa resistencia que les opuso, tras una porfiada lucha lograron maniatarle. Entonces lanzó un rugido de desesperación que se perdió en el silencio de la noche: imaginó que había caído en poder de los enemigos y dirigió un último pensamiento a su amada doncella.

Pocos momentos después el indio se hallaba detenido en una sala espaciosa: le quitaron la venda con que habían cubierto sus ojos: miró en torno suyo y se encontró en el piso bajo de aquella taberna en que sus hermanos de la montaña habían formado el plan de su próxima sedición.

Le rodeaban el Sambo, Manangani y otros jefes de los zambos. Al verles, brilló en sus ojos un relámpago de ira; pero en las pupilas de aquellos hombres que le habían detenido observó también una expresión siniestra de ódio y de venganza.

—De modo, que mi hijo no tiene lástima ni piedad de mi llanto, cuando tanto tiempo me ha hecho temer por su vida!... dijo el Sambo con tristeza.

—¡Y precisamente el día antes de nuestra insurrección es cuando nuestro jefe se halla entre nuestros enemigos!... añadió Manangani.

Martín Paz no respondió ni al uno ni al otro.

—¿Es así como se sacrifican a una mujer los más sagrados intereses?... preguntó Manangani acercándose con ademán siniestro al joven, y haciendo brillar ante sus ojos la hoja de su cuchillo.

Martín Paz ni le miró siquiera.

—Vamos a perdonarle por ahora, dijo el Sambo: después ya haremos lo que debe hacerse. Si mi hijo deja de conducir al combate a nuestros hermanos, entonces caerá sobre él el terrible castigo que merece la traición... ¡Entre tanto que tenga mucho cuidado!... La hija del judío no está tan bien escondida que pueda escapar a nuestro ódio. Martín reflexionaba. Hallándose como se halla bajo el terrible anatema de una sentencia de muerte; proscrito, errante entre los que se llaman nuestros amos, no encontrará ni una piedra sobre que descansar, ni un hermano que consuele sus dolores... Si por el contrario vuelve a los suyos, si vuelve a nuestro antiguo país su primitiva independencia, entonces Martín Paz, jefe de numerosas tribus, podrá dar a aquella a quien hubiese prometido su mano y su corazón, la felicidad y la gloria.

Martín Paz continuaba guardando silencio; pero una terrible lucha empezaba a agitar su alma.

Las palabras del Sambo, habían hecho vibrar las cuerdas más sensibles de aquella poderosa naturaleza. Colocado entre una vida de fatigas, de peligros y de desesperación, y una existencia tranquila, honrada y gloriosa, no le era dado vacilar... ¿Pero abandonaría al generoso marqués de la Vega, cuyos nobles propósitos y risueñas esperanzas le destinaban a ser el pacificador del Perú?...

¡Oh! pensó mirando a su padre: matará a Sara, si les abandono.

—¿Qué nos responde mi hijo?... preguntó imperiosamente el padre.

Martín Paz era indispensable para llevar a cabo el proyecto de sublevación: gozaba de una autoridad suprema sobre los indios de la ciudad, a los que manejaba a su albedrío, y a una simple señal suya los hubiera arrastrado hasta a la muerte. Debía, pues, volver a ocupar su puesto al frente de los conjurados, para asegurar la victoria.

Por mandato del Sambo, se rompieron las ligaduras que sujetaban todavía a Martín Paz, el cual se levantó colocándose libre y sin trabas en medio de sus hermanos.

—Hijo mío, le dijo el Sambo, que le miraba atentamente; mañana caerán nuestros hermanos, como una avalancha, sobre los desarmados limeños, cuando más descuidados se hallen disfrutando la festividad del día. Allí está el camino de las montañas, allí el de la ciudad.... Puedes ir a donde te plazca... Mañana has de hallar más de un pecho mestizo en donde hundir tu puñal... Desde este momento estás libre...

—¡A las montañas! gritó Martín Paz con estentórea voz.

El indio volvió a ser indio caldeado por todos aquellos ódios que le rodeaban.

—¡A las montañas!... repitió con energía, y ¡maldición sobre nuestros enemigos!... ¡muerte y exterminio para ellos!

Los rayos del sol iluminaron con sus primeros reflejos el conciliábulo de los jefes indios en lo más áspero de las cordilleras vecinas a la ciudad.

Aquellos rayos carecían, no obstante, de alegría para la pobre doncella que lloraba en su habitación, elevando al cielo sus plegarias.

El marqués había hecho avisar al padre Jacinto rogándole fuese a su casa, y el digno sacerdote encontró allí su hija de confesión.

¡Cuán feliz se sintió Sara, al arrodillarse delante de su director espiritual y al depositar en su seno las angustias y la aflicción de su alma!

Pero la joven doncella no podía permanecer mucho tiempo en casa del marqués: el padre Jacinto habló de ello al noble español, quien no sabía qué partido tomar, hallándose combatido por varios cuidados y por inquietudes vivísimas.

¿Qué había sido de Martín Paz al huir de su casa? ¿Se encontraba en manos de sus enemigos? ¡Oh! ¡cuánto pesar sentía el noble marqués, por haberle dejado salir aquella noche de trastorno y de confusión! En vano le buscó con el interés de un padre... a pesar de sus pesquisas le fué imposible hallarle por ninguna parte.

—Mi excelente y antiguo amigo, dijo al fin dirigiéndose al padre Jacinto: la doncella está segura mientras vos permanecáis a su lado; no la abandonéis, pues, en la agitación de este día.

—¿Pero y su padre que la busca? ¿y su prometido que la aguarda?

—Un día... padre mío, un solo día... ¡No sabéis que mi exis-

tencia se halla unida a la de esta niña!... Esperemos un día no más... permitidme que encuentre a Martín Paz, a ese joven superior a quien mi corazón y Dios quieren que llame hijo mío!

El padre Jacinto volvió al lado de Sara, y el marqués salió a recorrer todas las calles de Lima.

Sorprendido quedó el noble español al observar el ruido y movimiento que reinaban en la población. Era el día de fiesta de los *Amancaes*, de lo cual sólo él se había olvidado en la ciudad.

Era el 24 de junio: esto es, el día de San Juan. Los montes circunvecinos se hallaban ya cubiertos de verdes matorrales y de flores. Los habitantes todos de Lima, a pié, a caballo y en carruajes, acudían a una llanura célebre situada en la altura de una cordillera a media legua de la ciudad, desde cuyo punto se ofrecía a la vista un panorama delicioso.

Los indios y los mestizos se mezclaban en aquella fiesta común a entrambas razas, y marchaban alegremente formando grupos compuestos de parientes y amigos. Aquellos grupos se llamaban partidas, y cada uno de ellos llevaba sus provisiones, sin faltar la compañía de un tocador de guitarra que entonaba jácara y canciones populares.

Aquellos bulliciosos paseantes avanzaban, dando voces y gritos de alegría, y dirigiéndose unos a otros dichos picantes, al través de campos de maiz y de banales de alfalfa, y por entre bosques de bananos, cuyos frutos prodiga allí la Nataraleza.

Por entre hermosas alamedas de sáuces se pasa muy pronto a verdaderos bosques de naranjos y de limoneros, cuyos embriagadores perfumes se confunden con los aromas silvestres de la montaña.

A lo largo del camino hállanse en todas partes ventas ambulantes, y puestos en que se encuentra todo género de comestibles y en que se ofrece a los paseantes limonadas espirituosas, y aguardiente de *pisco* y de *chicha*, cuyas copiosas libaciones excitan la alegría, los gritos y la algazara de la multitud.

Los ginetes obligan a caracolear a sus caballos en medio de la muchedumbre, haciendo gala de su destreza y de su velocidad en arriesgadas carreras, en que se cruzan apuestas grandes.

Los bailarines, formado anchos corros, se ejercitan en todas las danzas del país, desde el *londón* hasta el *minué*; desde el *bolero* hasta la *samacueca*, y entretienen gratamente, lo mismo a los caballeros de nobles blasones, que a los zambos de ojos negros.

Los argentinos sonos de las vihuelas no bastan con frecuencia a regular los movimientos desordenados de los que bailan: dan los músicos gritos salvajes que los estimulan hasta producirles una verdadera embriaguez: los espectadores se agitan también y aplauden desahogadamente moviendo las manos y los piés, y las incitantes coplas se suceden unas a otras sin interrupción.

En tal fiesta que toma el nombre de las florecillas de las montañas en que se celebra, reinan la más expansiva alegría, y una ilimitada libertad, y sin embargo jamás se suscita la más insignificante querrela; de suerte que los lanceros a caballo que, ataviados

con su resplandeciente coraza, permanecen apostados de trecho en trecho, raras veces se ven en la necesidad a intervenir para mantener el orden en aquella inmensa aglomeración de gente.

Las distintas clases que componen la sociedad limeña se confunden allí en las alegres diversiones que casi todos los días del mes se reproducen.

Las hermosas tapadas, usando del derecho que su riguroso incognito les concede, empujan a las bellas jóvenes que van atrevidamente, con la cara descubierta, a encontrarse con los risueños caballeros; y cuando la multitud llega por fin a la anchurosa meseta de los Amancaes, levanta allí un clamoreo inmenso que repite a lo lejos el eco en las profundidades de la montaña.

Bajo la vista se extiende la antigua ciudad de los Reyes, que eleva con valentía hasta las nubes sus torres y campanarios. Las iglesias de San Pedro, Santa Ana y la Catedral, muestran sus brillantes techumbres en que reflejan los rayos del sol, deslumbrando la vista. Santo Domingo, el rico templo en el que la imagen de la Virgen no ha llevado nunca dos veces seguidas un mismo traje, eleva sobre los demás edificios que le rodean la veleta del gallardo cimborrio lanzado al aire con temerario atrevimiento.

A la derecha se extiende el Océano Pacifico, cuya azulada superficie hace ondular la brisa occidental, y al dirigir la mirada desde el Callao o Lima, se pasea sobre todas aquellas *chulpas* funerarias, póstumos recuerdos de la ilustre dinastía de los Incas: por último, allá en el horizonte, el cabo de Morro-Solar limita con sus colinas inclinadas aquel maravilloso cuadro.

Por eso los limeños no se sacian nunca de admirar aquel magnífico golpe de vista, y su estrepitosa admiración todos los años despierta los ecos del monte de San Cristóbal y de los Amancaes.

Mientras el pueblo se extasiaba contemplando lleno de confianza tan delicioso panorama, entregándose a la expansión del más vivo regocijo, un drama sombrío, fúnebre, sangriento, se estaba preparando sobre la cumbre helada de aquellas cordilleras.

VIII.—VENCEDORES Y VENCIDOS.

Amargado por el dolor, marchaba el marqués de la Vega, a la ventura, por las calles de Lima. Después de haber perdido, hacía muchos años, una hija que era su única esperanza y el último vástago de su raza, iba también a verse arrebatado al hijo adoptivo que había arrancado de las garras de la muerte. Abstracto en tan triste pensamiento, el marqués se había olvidado de Sara para acordarse solo de Martín Paz.

No obstante, a pesar de su abstracción, le chocó el gran número de indios zambos y chilenos que vagaban por las calles.

Aquellos hombres, que por lo general tomaban una parte tan activa en los juegos y diversiones de los *Amancaes*, se paseaban entonces silenciosos y preocupados singularmente.

De vez en cuando, algunos de sus jefes les daban misteriosamen-

te una orden secreta y volvían a emprender su marcha, al paso que todos ellos, después de dar largos rodeos, se iban reuniendo poco a poco en los barrios más ricos de la ciudad, abandonados en aquel momento por los limeños que recorrían alegres los campos circunvecinos.

El marqués, entregado por completo a la busca de su protegido, no hizo alto en aquella particularidad.

Anduvo todo el arrabal de San Lázaro por todos sus ángulos, y vió a Andrés Certa furioso y armado, que también buscaba como él, y al judío Samuel, desesperado, no por la pérdida de su hija, sino por la de los cien mil pesos en que le había vendido; pero ninguno pudo encontrar a Martín Paz, a quien todos buscaban con gran empeño.

El marqués, no queriendo dejar de recorrerlo todo, se dirigió a la cárcel de la ciudad, indagó, preguntó, y... nada, no estaba allí... Volvió a su casa lleno de angustia, y nada tampoco. Montó a caballo, se trasladó a todo galope a los Chorrillos... nada, nada... Rendido de fatiga y con el corazón lleno de amargura, regresó a Lima, en el momento en que las cuatro sonaban en el reloj de la Catedral.

El marqués reparó en algunos grupos de indios que permanecían parados delante de su palacio, pero no podía preguntarles nada, sin exponerse a comprometer al que buscaba.

¿Dónde estaba Martín Paz?...

El noble español entró al cabo en su casa más desesperado de lo que había salido de ella.

En aquel instante un hombre se destacó de una de las esquinas de un edificio cercano dirigiéndose a los indios: aquel hombre era el Sambo.

—El español ha regresado, les dijo: ya le conocéis... es uno de los representantes más notables de la raza que nos oprime. ¡Maldición y mala ventura para él!...

—¿Y cuando damos el golpe?

—Cuando suenen las cinco: cuando las campanas toquen a rebato, mandando hasta las montañas la señal de venganza.

Después de dicho esto, marchó el Sambo precipitadamente hacia la *chingana*, y volvió a reunirse con los principales jefes de la conspiración.

Entre tanto el sol comenzaba a descender hacia el occidente: era la hora en que la aristocracia iba a su vez a los *Amancaes*: los más ricos trajes y los más elegantes peinados se ostentaban en los soberbios carruajes que desfilaban a derecha e izquierda del camino, bajo las copas de los árboles. Aquello era una confusa mezcla de gentes que a pié y a caballo seguían la misma dirección; una verdadera baraunda de gritos, cantos, risas, instrumentos musicales y toda clase de ruidos.

Cinco campanadas resonaron lentamente en la torre de la Catedral... De pronto un sonido imponente, angustioso, fúnebre, estremeció los aires... era el toque de rebato que vibró sobre la muchedumbre helada de terror, en medio de su regocijo.

Un grito inmenso resonó en todos los ángulos de la ciudad... De todas las plazas, de todas las calles, de todos los edificios, salieron innumerables indios, con las armas en la mano y llevando pintada la cólera en su rostro.

Los más populosos cuarteles de la ciudad estaban henchidos de aquellos hombres, muchos de los cuales blandían sobre sus cabezas antorchas encendidas.

— ¡Mueran los españoles!... ¡Mueran los opresores!...

Tal era la consigna de los sublevados.

Los paseantes, que regresaban ya a la ciudad, se vieron obligados a retroceder ante aquellas masas enfurecidas; pero las cimas de las colinas inmediatas se habían cubierto de pronto de otros enemigos aun más feroces, y era imposible toda retirada.

Los zambos se precipitaron como un torrente desbordado sobre aquella muchedumbre quebrantada por el cansancio de la fiesta de que tanto habían abusado, y a través de la cual se abrieron los indios de la montaña un sangriento camino para ir a reunirse con sus hermanos de la ciudad.

Imagínese el lector el aspecto que presentaría Lima en tan terrible momento.

Los sublevados, dejando la plaza de la taberna en que tenían sus conciliábulos, se habían diseminado por todas las calles de la ciudad.

A la cabeza de las turbas, Martín Paz agitaba la bandera negra: el estandarte de la independencia; a la vez que los indios que llenaban todas las calles, atacaban las casas designadas para entrar en ellas a saco.

Martín Paz se acercaba a la plaza Mayor con su gente: junto a él Manangani daba feroces aullidos y se exhibía orgulloso cubierto de sangre.

Pero las tropas del Gobierno, prevenidos de antemano de la sublevación, se hallaban formados en batalla delante del palacio del Presidente, y los indios que iban llegando a la plaza eran recibidos por terribles descargas de fusilería. Sorprendidos por aquella granizada de fuego que sembró el suelo de cadáveres, prorrumpieron en terribles imprecaciones y se arrojaron sobre la tropa con tan irresistible impetuosidad que trabóse una sangrienta lucha en la que todos se batían cuerpo a cuerpo.

Martín Paz y Manangani hicieron prodigios de valor, salvándose de la muerte de una manera milagrosa.

Necesitaban a todo trance apoderarse del palacio para atrincherarse en él.

— ¡Adelante!... gritó Martín Paz, y su voz arrastró atrás sí a los indios que dieron el asalto al edificio. Despreciando la lluvia de balas con que eran acosados por todas partes, lograron hacer retroceder el cordón de tropas que rodeaba todo el palacio.

Ya Manangani iba a lanzarse sobre las primeras gradas de los soportales, cuando de improviso se detuvo: los soldados abrieron sus filas a entrambos lados y dejaron ver las bocas de dos piezas de artillería dispuestas a ametrallar a los sitiadores.

No había que perder un instante: era necesario lanzarse sobre la batería antes de que disparase.

—A nosotros dos nos toca... gritó Manangani, dirigiéndose a Martín Paz.

Pero éste no le oyó: un negro le acababa de decir al oído:

—Se han apoderado de la casa del marqués, tal vez lo asesinen...

A estas palabras Martín Paz retrocedió estremecido. Manangani le cogió por el brazo, pero el joven indio le rechazó con violencia y se lanzó fuera de la plaza.

—¡Traidor, infame!... exclamó Manangani disparando su pistola sobre Martín Paz.

Tan pronto como hubo pronunciado estas palabras se oyó el estampido del cañón, y la metralla barrió los indios de la plaza y de los mercados.

—¡A mí, hermanos míos!... gritó Martín a algunos fugitivos: sus más adictos compañeros se unieron a él, y con aquella pequeña escolta logró abrirse paso entre los soldados que pretendieron detenerle.

Aquella fuga, que tenía la apariencia de una traición, produjo los mismos efectos que hubiera ocasionado ésta. Los indios se creyeron abandonados por su jefe... Manangani, en vano intentó reanimarlos, y reunirlos para embestir de nuevo: una descarga cerrada diezmó sus filas, cayendo sobre ellas como una granizada de plomo, y desde entonces ya no fué posible contener la fuga de la multitud: la confusión llegó a su colmo; el pánico se apoderó de todos los corazones, y una completa derrota fué el resultado de aquella tentativa.

En algunas calles donde entre torbellinos de humo se elevaban las llamas se refugiaron los fugitivos deseosos de entregarse al pillaje; pero los soldados vencedores los persiguieron espada en mano, hiriéndoles por la espalda y matando a la mayor parte de ellos sin darles cuartel.

Entre tanto Martín Paz había llegado a casa del marqués de la Vega, que era teatro de una lucha cruenta, dirigida por el Sambo en persona, el cual tenía un doble interés en hallarse allí. Al paso que combatía contra el noble español, quería apoderarse de Sara como prenda y gaje para asegurar la fidelidad de su hijo.

Al ver llegar a Martín Paz, ya no dudó de su traición, y volvió contra él a sus hermanos hostigándolos lleno de indignación.

Echadas abajo las puertas y derribadas algunas paredes del vasto portal de la casa del marqués, se veía a éste espada en mano y rodeado de sus fieles servidores luchando bizarramente con los indios, que le atacaban en masa y en gran número.

La arrogancia de aquel hombre y su valor eran admirables; ni un momento dejaba de dar y arrostrar golpes mortales; su formidable brazo le había rodeado ya de cadáveres.

¿Pero, cómo defenderse en medio de aquella turba de enemigos, que iba aumentando con la llegada de los fugitivos de la plaza Mayor?

El marqués veía decaer el ánimo de sus servidores; algunos yacían ya a sus piés, bañados en su sangre, y ya no le quedaba más recurso que hacerse matar cuando llegando Martín Paz rápido como el rayo, cargó por detrás a los agresores, obligándoles a volverse hacia él, y en medio de una nube de balas y de maldiciones, penetró hasta donde estaba el marqués, y colocándose entre él y los que le atacaban, le escudó con su cuerpo como una muralla. Repuestos los sitiadores sintieron renacer su valor y volvieron briosamente a la lucha.

— ¡Bien, hijo mío! dijo el marqués a Martín Paz, estrechándole la mano.

Pero el joven indio estaba sombrío.

— ¡Bien, Martín Paz! dijo otra voz que le penetró hasta el fondo de su alma.

En el acto reconoció el dulce acento de Sara; invocó su nombre y su brazo trazó en torno suyo un círculo sangriento.

Entonces empezó a retroceder a su vez la gente del Sambo. Veinte veces había dirigido éste sus golpes sobre su hijo sin poder alcanzarle, y veinte veces Martín Paz había detenido su arma para no herir a su padre.

De pronto llegó el feroz Manangani cubierto de sangre, al lado del Sambo.

— ¿Tú has jurado, le dijo, vengar la traición de un infame en él, en sus allegados y en sus amigos?... Pues bien, ya ha sonado la hora: ya es tiempo: los soldados llegan: el mestizo Andrés Certa viene con ellos.

— Vamos, pues, Manangani, dijo el Sambo con una feroz sonrisa... Ven, nuestra venganza se aproxima.

Ambos dejaron la casa del marqués, y mientras sus compañeros seguían haciéndose matar en sus umbrales, se fueron derechos a la tropa que llegaba a la carrera, y que les atacó de frente; pero el Sambo, sin intimidarse, se dirigió impertérrito al mastizo hasta conseguir ponerse a su lado.

— ¿Sois Andrés Certa? le preguntó; pues bien, sabed que vuestra prometida se encuentra en este momento en casa del marqués de la Vega y que Martín Paz va a llevársela a las montañas.

Dichas estas paíabras, el indio desapareció entre la muchedumbre.

Con esta delación acababa de colocar el Sambo a los dos enemigos más implacables uno enfrente de otro.

Los soldados engañados al ver a Martín Paz al lado del marqués, se precipitaron hacia la casa de éste.

Andrés Certa estaba ébrio de coraje, y en cuanto violumbrió a Martín Paz corrió a él como un loco.

— ¡Oh! ¡Ya estamos frente a frente!... le gritó el joven indio al reconocerle, y abandonando la escalera de piedra que tanto había defendido, se aproximó rápidamente al mestizo hasta alcanzarle, mientras sus compañeros rechazaban por su parte a los soldados.

Martín Paz había cogido con su potente mano a su enemigo

atrayéndole hacia sí con tal impetu y de tal manera le oprimió contra su cuerpo, que le imposibilitó de hacer uso de sus pistolas.

Se hallaban, pié con pié, pecho con pecho, rostro con rostro, aquellos dos mortales enemigos; dijérase que las chispas que brotaban de sus ojos formaban un solo relámpago. Sus movimientos eran convulsivos; los golpes que mutuamente se descargaban se repetían con rapidez vertiginosa...

Pronto, a consecuencia de aquel terrible abrazo, la respiración les faltó a entrambos y los dos vinieron al suelo... pero Andrés Certa se levantó de nuevo, y se encontró de pié blandiendo su cuchillo sobre Martín Paz, cuyo puñal se había escapado de su mano... Ya el mestizo levantaba el brazo para herirle; pero el indio logró agarrarle antes de que descargase el golpe... Fué aquel un instante fué terrible... En vano pugnó Andrés Certa para desprenderse de los brazos de hierro de Martín Paz, que sujetándole con una fuerza sobrenatural, volvió contra el mestizo su propia mano con el cuchillo que empuñaba, cuya hoja le hundió en el corazón hasta el pomo.

Martín Paz se levantó entonces cubierto de sangre de piés a cabeza. El paso se hallaba libre: los soldados huían por todas partes.

Era indudable que si el joven indio hubiera permanecido en la plaza Mayor, habría alcanzado indudablemente la victoria.

Rendido al fin por la fatiga, fué a caer en brazos del marqués de la Vega.

—¡A las montañas, hijo mío!... huye a las montañas... ahora te lo ordeno yo.

—¿Pero ha quedado bien muerto mi enemigo?... dijo Martín Paz volviendo los ojos hacia el sitio donde estaba el cadáver de Andrés Certa.

En aquel instante un hombre lo registraba y tenía en la mano una cartera que acababa de sacarle del bolsillo. Martín Paz saltó como un león sobre el miserable y le derribó a sus piés... aquel hombre era el judío Samuel.

El indio le arrebató la cartera, abrióla, la examinó rápidamente y con ansiedad, y exhalando de pronto un grito de alegría, volvió rápidamente a donde estaba el marqués, a quien puso en las manos un papel donde se leían estas palabras:

«He recibido de Andrés Certa cien mil pesos, cantidad que me obligo a devolverle doble, si Sara, a quien salvé la vida en el naufragio del *San José* y que le he dado por esposa, no es la hija y única heredera del marqués de la Vega.—Samuel».

—¡Es mi hija!... ¡mi hija!... exclamó el español fuera de sí, y cayó sin sentido en los brazos del bravo indio que le condujo a la habitación de Sara.

Pero ¡ah!... la joven había desaparecido: ya no estaba allí: sólo vió al buen padre Jacinto bañado en su propia sangre y que no pudo articular más que estas entrecortadas palabras:

—¡El Sambo!... ¡robada!... hacia el río Madeira!...

Y se extinguió su voz.

IX.—LA CATARATA DEL RIO MADREIRA.

—¡Corramos! ¡corramos!—exclamó Martín Paz, y el marqués, sin pronunciar una sola palabra, siguió al indio como si hubiese sido un autómatas.

Era su hija, Sara era su hija, y era preciso buscarla, encontrarla y recobrarla a todo trance.

Sin pérdida de tiempo se trajeron mulas de paso aparejadas y dispuestas para emprender un largo viaje a través de las cordilleras de los Andes.

Envueltos en sus ponchos, montaron en ellas el marqués de la Vega y Martín Paz, calzadas las polainas que iban sujetas a la pierna por debajo de las rodillas con flexibles correas: unos inmensos estribos de madera en que se apoyaban resguardaban sus pies, armados de largas espuelas, y anchos sombreros de palma de Guayaquil de extensas alas, libraban a sus cabezas de los ardientes rayos del sol y de las inclemencias del aire y del cielo.

En los arzones y en las pistoleras de sus caballerías se colocaron varias armas: en la silla de la que montaba el marqués iba colgada una carabina, arma terrible en las manos del noble español que tenía un ojo certero y un pulso envidiable.

Martín Paz había arrollado alrededor de su cuerpo un lazo de correa largo y flexible, cuyo extremo iba sujeto al arzón de su mula.

El marqués y el indio espolearon con impaciencia sus respectivas cabalgaduras, y al tiempo de salir de la ciudad trasponiendo su último muro, se unió a ellos un negro que iba a acompañarles en su expedición.

Aquel negro era Libertad, en quien el marqués conoció al fiel servidor de Sara, que quería compatir con él y con Martín los trabajos y los riesgos a que habían de dar ocasión las pesquisas necesarias para buscar a su señora. Conocía perfectamente todas las llanuras, todas las montañas que habría necesidad de recorrer, y se había ofrecido como guía de aquella arriesgada expedición.

Martín Paz adivinaba a qué país árido y desierto, a qué tribus salvajes debía haber arrastrado el Sambo a su hermosa prometida...

¡Su prometida! ya no osaba darle este nombre desde que sabía que era la hija del marqués de la Vega.

Este, cuando hubieron caminado largo trecho sumido en un profundo silencio, lo rompió para dirigir a Martín esta pregunta: Di, hijo mío, ¿conservas aún alguna esperanza en tu corazón?

—Tanta, como odio y ternura.

—No por ser mi hija la que habíamos creído hija del judío Samuel deja de ser tuya... ya lo sabes, Martín.

Estremeciósese de placer el indio al oír aquellas palabras, y con acento emocionado exclamó sin poder ocultar la vehemencia de sus sentimientos:



Los jefes indios condenan a Sara a muerte.

—Marchemos, pues, adelante, marchemos sin volver la cara atrás.

Los viajeros vieron delante de sí y a gran distancia por el camino que habían tomado, una multitud de indios que se dirigían al centro de las montañas, escapando sin duda de Lima y encañinándose a sus ranchos.

La derrota y dispersión que habían sufrido los insurrectos eran completas, y habían tenido lugar precisamente en el instante en que Martín Paz se alejó de la plaza para ir en socorro del marqués, hecho que tenía toda la apariencia de una verdadera defección. Así es que a pesar de que la insurrección de los indios había triunfado en otros puntos en la ciudad de Lima, en que existía su verdadero núcleo, recibió un golpe de muerte.

Los tres hombres, a quienes impulsaba una misma idea, y a quienes sólo llamaba la atención un objeto, no tardaron en llegar a las escabrosas gargantas de las Cordilleras en las cuales se internaron.

Unas intransitables sendas, en las que apenas las cabalgaduras podían sentar los cascos, conducían en tortuosa espiral por las faldas de aquellas inmensas moles rojizas, incrustadas de áridos peñascos, entre los cuales apenas si crecían esparcidos aquí y allá algunos cocoteros o solitarios pinos.

Bastante tiempo hacía que los viandantes habían dejado a su espalda los aromáticos cedros, los algodoneros y los álces con las llanuras sembradas de maíz y cubiertas de espléndida verdura.

De vez en cuando las mulas se herían los pies en rudos espinos y agudos cardos que hacían vacilar su paso al borde de inmensos precipicios.

En aquellos meses de estío, era más árdua y peligrosa la ascensión a las Cordilleras: las nieves que perpetuamente tiñen de blanco las cimas de los montes, al derretirse a los ardientes rayos del sol de junio, bajaban a los valles convertidas en ruidosas cataratas, dificultando el paso de los viajeros: a veces se desgajaban de las gigantescas montañas terribles avalanchas que caían con imponente fragor, rozando los pies de los transeuntes y yendo a perderse en abismos sin fondos.

Los tres viajeros avanzaban impertérritos sin que les intimidasen ni los desatados huracanes, ni el continuo deshielo de aquellas elevadas y solitarias regiones, por las cuales caminaban de noche y de día sin encontrar a su paso población alguna, ni siquiera el más miserable caserío en que poder reposar y tomar aliento: Alguna que otra choza perdida entre aquellos riscos les proporcionaba apenas alguna estera de *titora* en que recostarse un momento dando un poco de reposo a sus quebrantados cuerpos, y hallar algún pedazo de carne seca al sol y alguna calabaza llena de agua cenagosa.

Al cabo llegaron a la cumbre de los Andes, a 14.000 pies de altura sobre el nivel del mar. Allí ya no existía vegetación alguna; no se veía ni un sólo árbol.

De vez en cuando les salía al encuentro algún *ucumari*, especie

de oso negro de gran corpulencia al que se veían obligados a repeler a tiros.

Por las tardes y al anochecer se veían con frecuencia envueltos por las terribles turbonadas de las Cordilleras que, removiendo las nieves, las elevan en inmenso torbellino sobre las cumbres más altas.

El marqués, no acostumbrado a aquellos inminentes peligros, se veía obligado a detener alguna vez su paso, y entonces Martín Paz, lo sostenía cogiéndole entre sus brazos y resguardándole con su cuerpo de las enormes masas de nieve que sobre ellos caían.

Entre tanto los relámpagos rasgaban las tinieblas, dejando ver un momento las blanquecinas moles de las rocas: al fragoroso rayo hendía los enhiestos picos de las montañas, que volaban en numerosos fragmentos llenando con su eco las profundidades de las Cordilleras.

En aquella altura, la más elevada de los Andes, los viajeros se sintieron de improviso acometidos del malestar, llamado por los indios *sorroche* y que quita al hombre más enérgico y vigoroso su valor y sus fuerzas.

Necesitaban una fuerza de voluntad sobrehumana para no dejarse caer desfallecidos y sin movimiento sobre las piedras y el polvo del camino, en donde hubieran sido devorados por aquellas enormes aves de rapiña que volaban siniestras sobre sus cabezas sacudiendo sus alas acompasadamente con una lentitud aterradora.

Aquellos tres hombres hablaban poco: cada cual encerraba en su pecho los tristes sentimientos que les inspiraba la triste soledad de aquel desierto.

Hacia la vertiente oriental de las Cordilleras debían encontrar irremisiblemente señales evidentes que les indicasen el camino que habían seguido sus enemigos. Marcharon, pues, en dirección a ella, avanzando siempre y descendiendo ya de las últimas cumbres que habían trasmontado.

Pero los Andes están compuestos por una serie de peñascos incommensurables y colocados en tal disposición, que a cada paso presentan a los ojos nuevos picos inaccesibles al parecer.

Pero no obstante haber tropezado con tantos obstáculos, llegaron los tres viajeros a un punto en que ya se encontraban algunos árboles de los que se crían en las zonas más bajas.

Las llamas y las vicuñas, especie de cabras monteses del país, saltaban entre las yerbas que brotan pobre y escasamente aquí y allá, pero que esto no obstante anunciaban la proximidad de lugares habitados por el hombre: de vez en cuando encontraban algunos *gauchos* que conducían sus reatas de mulas, y alguno encontraron que propuso al marqués el cambio de sus despenadas cabalgaduras, por otras más ágiles.

De esta manera llegaron al fin a las inmensas selvas vírgenes que existen entre el Perú y el Brasil. Entonces comenzaron a divisar las huellas de los raptos de Sara, y en medio de estos espeos

y enmarañados bosques fué donde Martín Paz tuvo ocasión de poner en práctica su sagacidad de indio.

Por lo que hace al noble español, sintió que su valor se reanimaba, y el negro recobró las fuerzas materiales que había perdido casi completamente, cuando los restos de una hoguera recién apagada y las huellas de muchos pasos impresos en el suelo les demostraron que sus enemigos no estaban lejos.

Martín Paz lo examinaba todo escrupulosamente: hasta en la menor rozadura de los troncos y en la más insignificante rama tronchada fijaba la atención y deducía consecuencias.

Se estremecía el marqués pensando si su desgraciada hija habría sido arrastrada y conducida a pié por entre aquellos pedruscos y zarzales; pero Martín Paz le tranquilizó haciéndole observar algunas piedrecitas incrustadas en el suelo de manera que indicaban haber sido holladas por una caballería; y siguiendo la misma dirección, le hizo reparar también en algunas ramas de árboles tronchadas recientemente, y que por la altura a que se hallaban no era posible que hubieran sido rotas desde el suelo, sino desde alguna caballería.

El pobre padre se consolaba y respiraba con más tranquilidad, al paso que iba recobrando la perdida esperanza.

En cuanto a Martín Paz, abrigaba una confianza absoluta de conseguir su objeto. Era tan sagaz, tan hábil, tan fuerte, que para él no había obstáculos que no pudiese superar, ni peligros que no se sintiese capaz de arrostrar y vencer.

No obstante, el horizonte se iba estrechando más y más, a medida que se internaban en aquel inmenso bosque, cuyos árboles se multiplicaban progresivamente ante sus fatigados ojos.

Una tarde, cuando empezaban las sombras a difundirse y a dominar entre el espeso follaje, la fatiga de una penosísima marcha obligó a detenerse al marqués, a Martín Paz y al negro Libertad.

Acababan de llegar a la orilla de un río; allí empezaba su curso el Medeira, que Martín Paz reconoció al instante.

Gigantescos manglares doblegaban sus flexibles ramas sobre las dormidas ondas del río, y las entrelazaban con las de los árboles de la orilla opuesta, por medio de lianas caprichosas, en las que se mecían las pintadas aves de aquellos climas.

Los raptores de Sara ¿habían remontado la corriente del Medeira, o tal vez habrían descendido corriente abajo?... ¿Lo habrían acaso atravesado en línea recta?...

Estas eran las preguntas que se hacía Martín Paz, apartándose algún trecho de sus compañeros y siguiendo la pista con cuidado escrupulosos. De pronto advirtió algunas huellas ligeramente señaladas de trecho en trecho, las cuales le guiaron por la orilla del río a un punto del bosque un poco más despejado y manos sombrío que el resto de la espesura. En él se veían con claridad muchas pisadas que parecían indicar que algunos hombres habrían atravesado el río, y esto afirmó en su persuasión al indio, por más que no hallase en torno suyo señal alguna de que se hubiese construido

una canoa; pero le constaba que el Sambo habria podido derribar un árbol en el centro del bosque, y despojándole de su corteza formar con ella una piragua, fácil de trasportar en brazos de algunos indios a la orilla del río Madeira.

No obstante, aún vacilaba, cuando de improviso hirió su vista un bulto negro que se movía junto a un claro del bosque: se puso en guardia, preparó el lazo con gran presteza, disponiéndose a luchar si era atacado: avanzó algunos pasos y distinguió un animal tendido en el suelo: era una mula que estaba dando las últimas boqueadas: el animal habia sido herido sin duda lejos de aquel lugar, pues en un extenso trecho se observaba un largo reguero de sangre.

Martin Paz dedujo que los indios, no habiendo podido obligar a aquella cabalgadura a atravesar el río, la habian querido matar de una puñalada, como lo indicaba una profunda herida que tenia en el cuello.

Convencido ya de la dirección que habian tomado sus enemigos, volvió de nuevo al lado de sus compañeros, que ya empezaban a inquietarse por su larga ausencia.

—Tal vez mañana volvamos a ver a Sara, les dijo, lleno de alegría.

—¿A mi hija?... ¡Oh! ¡hijo mío!... partamos, partamos al instante, exclamó el español: ya no siento fatiga; la esperanza me ha hecho recobrar las fuerzas... ¡partamos!...

—Pero es necesario pasar el río y no podemos perder tiempo construyendo una canoa, dijo Martin.

—Lo pasaremos a nado, repuso el marqués.

—Animo, pues, padre mío; Libertad y yo os sostendremos.

Y así diciendo, se desnudaron los tres de sus vestidos con los cuales formó Martin un lío que sujetó sobre su cabeza, y luego se deslizaron silenciosamente sobre las aguas, procurando no turbar el sueño de los terribles caimanes que tanto abundan en los ríos del Brasil y del Perú.

Sin ningún contratiempo llegaron a la otra orilla, y el primer cuidado de Martin fué buscar las huellas de los indios; pero en vano miró: examinó y registró los árboles, las plantas y hasta las piedras del suelo y los guijarros y arenas del río: no vió señal alguna.

Como en la travesía del río, la corriente, que era violenta, los habia arrastrado a larga distancia del punto en que se arrojaron al agua, remontó de nuevo por la pendiente de la orilla hasta ponerse a la altura del lugar donde habian encontrado la mula muerta: pero tampoco allí halló la menor señal que le indicase la dirección que habian tomado los raptores.

Era necesario, pues, que aquella gente, con el objeto de desorientar a los que pudiesen seguirles, y hacerles perder su pista, hubiesen descendido algunas millas por el río, a fin de tomar tierra lejos del lugar en que se embarcaron.

Martin Paz no quiso desalentar a sus compañeros, participándoles su observación, y ni siquiera dijo al marqués una palabra res-

pecto a la mula que había encontrado, por temor de aumentar su zozobra y su tristeza, si la hacía pensar que su hija quizá se hallaba en aquellos instantes arrastrada por sus raptores y obligada a caminar a pié por ásperos senderos casi intransitables.

Cuando regresó al lado del español, después de su detenida exploración, vió que se había dormido.

La fatiga había podido en él más que su dolor y que su firme resolución de no detenerse.

Martín Paz se guardó muy bien de despertarle, pues un poco de sueño le serviría mucho para recuperar sus perdidas fuerzas; pero velando, mientras sostenía sobre sus rodillas la cabeza del marqués de la Vega, y procuraba atravesar con sus penetrantes miradas las sombras que le rodeaban por todas partes; envió a Libertad para que buscara por más abajo, siguiendo la corriente del río, algunas señales que les pudiesen servir de guía al día siguiente, cuando el sol con sus primeros rayos difundiese la luz en aquellos contornos.

El negro se encaminó por la dirección indicada, deslizándose como una serpiente entre las altas y espesas malezas de que estaba cubierta la ribera, perdiéndose pronto en la oscuridad y pronto dejaron de percibirse sus pisadas.

Martín Paz quedó entonces enteramente solo con sus melancólicos pensamientos, en aquel triste desierto.

El marqués dormía sobre sus rodillas disfrutando, al parecer, ensueños apacibles, pues de vez en cuando, salían de su boca entrecortadas frases, en las cuales se mezclaban los nombres de su hija y de Martín, siendo su acento el único que interrumpía el silencio pavoroso que reinaba en aquellos bosques.

No se había engañado el indio; el Sambo había descendido unas tres millas por el río Madeira. Luego había saltado a tierra en la orilla opuesta, llevando a su jóven prisionera y seguido de sus levantiscos compañeros, entre los que se hallaba el feroz Mananganí, cubierto aún de sangre y de heridas.

La gente del Sambo se había aumentado a su paso por las montañas. Los indios de las llanuras y de las cordilleras que esperaban convencidos el triunfo de la sublevación, al tener noticia del fracaso de la tentativa de sus hermanos, y de que Martín Paz les había hecho traición, se entregaron a una desesperación sombría y rugieron de odio y de rabia; pero al saber que tenían en su poder una víctima para satisfacer su venganza, prorrumpieron en gritos de alegría y siguieron en pos del viejo indio, que llevaba consigo aquella víctima.

Así es que marchaban atropelladamente, ávidos de asistir al sacrificio que se iba a ejecutar en su presencia, devorando con sus miradas a la infeliz doncella, prometida de Martín Paz, a quien iban a quitar la vida y sobre la cual llovía un diluvio de improperios y maldiciones. En más de una ocasión, el Sambo, que se había propuesto llevar a cabo su venganza con toda la posible solemnidad, a fin de que el castigo fuese más ejemplar, tuvo que

hacer grandes esfuerzos para libertar a Sara de las brutales arremetidas de aquellos salvajes llenos de rabia.

Una mortal palidez cubría la faz de la pobre niña, y una extraordinaria languidez la dejaba casi sin sentido a la merced de aquellas hordas abominables. Sentía que le faltaba ya hasta la conciencia de sus actos, y su alma no regulaba sus acciones. Si andaba era porque cien manos brutales y ensangrentadas la empujaban hacia delante; y si la hubiesen abandonado en aquel momento en medio de aquellas inmensas soledades, no se hubiera sentido con fuerzas para dar un paso para evitar la muerte.

De vez en cuando el recuerdo de su padre o del joven indio pasaban por su mente y despertaban su alma del letargo en que caía; pero aquellos fugaces pensamientos se desvanecían con la rapidez del relámpago, y caía de nuevo como una masa inerte sobre el cuello de la pobre mula que la conducía, y cuyos pies ensangrentados apenas podían sostener su débil carga.

Más adelante, cuando después de atravesar el río le obligaron a seguir a pié a sus raptores, los brutales indios cogieronla por debajo de los brazos y la arrastraron velozmente, señalando su doloroso tránsito con un reguero de sangre que salpicaba las piedras del camino y las caídas hojas de los árboles.

Entonces, ya no se cuidaba el Sambo de los que pudieran seguirle, y por lo tanto le importaba poco el que aquella sangre sirviese de guía para indicar la dirección que llevaba.

Se acercaba al término de su viaje, y muy pronto debía verse la inmensa catarata que se precipitaba en la corriente del gran río, y cuyo atronador ruido se oía desde aquel punto.

La numerosa banda de indios que seguía al Sambo llegó por fin a una especie de barriada compuesta de unas cien chozas, fabricadas de juncos entrelazados y tierra, a donde solían llevar cautivos a los desgraciados viajeros, que encontraban en las llanuras, después de apoderarse de cuanto les pertenecía.

Cuando se aproximaron a ellas, una multitud de mujeres y niños salió al encuentro de los recién llegados, con demostraciones de salvaje y feroz alegría. Más de uno de los que componían la banda del Sambo encontró a su familia inquieta por su ausencia y por las funestas nuevas de su desgraciada intentona; pero en cambio, muchas esposas no volvieron a ver al padre de sus hijos; y al saber aquellas mujeres de una manera positiva la completa derrota de los suyos, su inquietud se convirtió en furor, especialmente cuando les participaron la defección de Martín Paz, y vieron a su prometida.

Sara permanecía inmóvil como la estatua del dolor ante las demostraciones de odio de sus feroces enemigos, a los cuales miraba con ojos apagados.

Todas aquellas furias repugnantes y sanguinarias gesticulaban horriblemente, al paso que salían de sus bocas las más destempladas imprecaciones y las amenazas más terribles, dando voces desafioradas que aturdían sus oídos.

Indudablemente, la pobre niña debió considerarse, en aquel

momento, presa de un sueño infernal, que la condenaba a sufrir los horribles suplicios del averno.

Una de las indias que se agitaban en torno suyo, gritaba con voz desgarradora:

—¿Dónde está mi esposo?... ¡Tú eres la causa de su muerte; tú le has hecho asesinar!...

—¿Y dónde está mi hermano? preguntaba otra; ya no volverá a nuestras cabañas... ¿qué has hecho de él?...

—¡Muere infame!... gritaban muchas a la vez. ¡Muera!... ¡muera!... que cada una de nosotras arranque un pedazo de carne de su cuerpo. ¡Qué cada una de nosotras la cause un distinto dolor!... ¡Muera! ¡muera!

Aquellas mujeres desgreñadas, furias infernales más bien que mujeres, entregadas a su furor salvaje, estaban verdaderamente horribles, blandiendo con una mano una ancha hoja de cuchillo en que se reflejaba la luz rojiza y ensangrentada de las teas resinosas que sostenían la otra, llenando la atmósfera de humo negro y denso.

Ya rodeaban aquellas fieras a la pobre doncella, formando en torno suyo un estrecho círculo, cuando el Sambo, que no quería verla morir en seguida para ofrecer a los indios un gran espectáculo haciéndola morir en un suplicio singular, se dirigió a la multitud gritando con autoridad:

—¡Atrás!... ¡atrás!... dejadla y aguardad hasta que decidan los jefes. Esta mujer debe servir para aplacar la cólera del *Gran Espíritu*, que no ha favorecido nuestra empresa, y se ha ensañado contra nuestras armas, porque no está satisfecho de nosotros... ¡El sacrificio de esta joven no ha de servir sólo para satisfacer venganzas particulares!...

Ante esta orden, las indias se retiraron, obedeciendo sin replicar el mandato del viejo indio, pero sin dejar por eso de dirigir a la doncella miradas amenazadoras y llenas de odio.

La infeliz, cubierta de sangre y lodo, permanecía entre tanto tendida sobre la dura y pedregosa orilla del río.

No lejos de las chozas de aquella barriada, y a la parte baja de la corriente, se precipita una espumosa catarata, cuya inmensa masa de agua, dando un salto de más de cien piés, va a estrellarse en las agudas rocas que en el fondo la reciben.

Antes de llegar a esta catarata, el río Madeira, estrecha su cauce en un lecho más profundo, y precipita su corriente con una rapidez vertiginosa. Una niebla espesa formada por la movible espuma se halla enteramente suspendida encima del inmenso torrente cuya caída hace retremblar las rocas, produciendo un aterrador ruido que se oye desde muy lejos.

Entre esta tempestad de espuma era donde debía hallar la muerte la infortunada doncella, cuando apareciesen en el horizonte los primeros rayos del sol naciente.

Sujeta a una canoa, formada de la corteza de un árbol, y a corta distancia de la catarata, en la parte superior del río, iba a ser abandonada a la rapidez de la corriente, que arrastrándola con

violencia, debía envolverla de su inmensa masa de agua y arrojarla sobre los agudos peñascos donde se precipita rugiendo y estrellándose el caudaloso Madeira.

Así lo acordó y votó el consejo de los jefes, retardándose la ejecución hasta el nuevo día para prolongar el suplicio de la inocente y desgraciada víctima, con una noche más de agonía, de tormentos y de terror.

Al hacer pública aquella cruel sentencia, todos la acogieron con universal aplauso, demostrado con los aullidos de una salvaje alegría, excitada por sus instintos de feroz venganza.

Aquella fué una noche de orgía infernal. ¡Noche de sangre y horror!

El aguardiente fermentaba en aquellas cabezas exaltadas. B醁quicas canciones descompuestas y desentonadas resonaban sin cesar, acompañadas de gritos y aullidos, al paso que la multitud, formando rueda, se agitaba en torno del poste en que se hallaba atada la víctima, y estrechaba de vez en cuando su horrible círculo para insultarla desde más cerca y atormentarla con sus golpes.

Los indios corrían entre tanto furiosos a través de aquellos incultos campos, blandiendo ramas de pino inflamadas, y ahogaban casi a la víctima al acercarse a ella sofocándola con el humo y calor que despedían sus siniestras antorchas.

Aquella saturnal horrible duró hasta que salió el sol; pero en tal momento la escena fué mucho más desgarradora, pues apenas el astro del día disipó las tinieblas, soltaron del poste a la doncella y cien brazos a la vez se disputaron el placer y la satisfacción de arrastrarla al suplicio.

Cuando la víctima, maquinalmente, pronunciaba el nombre de Martín Paz, articulándole apenas, respondían al instante cien gritos de ódio y de venganza.

Para llegar aquellos caníbales al lugar del suplicio, les fué preciso abrirse paso por entre escarpados senderos abiertos al través de inmensas moles de granito que conducían a la parte más alta del río, de suerte que la desdichada víctima cuando llegó a la cumbre de aquel calvario tenía los pies ensangrentados y su cuerpo estaba casi exánime.

Una pequeña canoa de corteza de árbol la aguardaba a cien pasos del salto del río: colocáronla en ella, atada con cordeles de lianas que la sujetaban fuertemente introduciéndose en sus delicadas carnes.

— ¡Muerte y venganza! ¡Muera!... ¡Muera!... gritó a una voz toda la tribu...

La corriente llevóse trás de sí la fragil canoa con rapidez siempre creciente y haciéndola girar sobre sí misma, cuando de pronto apareció un hombre en la opuesta orilla. Aquel hombre era Martín Paz. A su lado estaban el marqués de la Vega y el negro Libertad.

— ¡Mi hija! ¡mi hija! exclamó con acento horrible y fuera

de sí aquel padre desventurado, arrodillándose al borde del río y elevando los brazos al cielo.

— ¡Padre mío!... gritó Sara, con una fuerza y una vehemencia más que humana.

La escena es indescriptible.

La canoa avanzaba rápidamente hacia la catarata, cuya espuma empezaba a envolverla.

En pie, sobre la roca más próxima y saliente, Martín Paz hacía girar con asombrosa rapidez el lazo que silbaba sobre su cabeza... En el instante en que la canoa iba a precipitarse el abismo, la larga correa de cuero se desarrolló completamente y el indio ciñó la barquilla con su nudo corredizo.

— ¡Hija mía!... ¡hija mía!... gritó el marqués con acento lleno a la vez de temor y esperanza...

— ¡Esposa mía!... exclamó Martín Paz, con una voz que le salía del fondo del alma...

— ¡Muera!... ¡muera!... gritaba entre tanto en la otra orilla la tribu enfurecida...

Martín Paz multiplicó sus esfuerzos... la canoa permanecía suspendida sobre el abismo; la corriente no podía vencer la fuerza titánica del joven indio; el barquichuelo iba aproximándose hacia él, y los enemigos se hallaban a larga distancia, a la otra parte del ancho río... Era de esperar que Sara iba a salvarse...

Pero de pronto, una flecha atraviesa silbando el río... y traspasa el corazón de Martín Paz, cuyo cuerpo se inclina hacia adelante cayendo en la barquilla de la víctima... La corriente arrastra de nuevo la nave que desciende con espantosa rapidez, y es engullida por los remolinos de la catarata, juntamente con Sara que sostenía en sus brazos el cuerpo de su amante...

Un inmenso rugido resuena en la tribu, dominando el fragor de la catarata.

El negro Libertad coge en sus brazos al marqués y desaparece con él perseguido por una nube de flechas.

El marqués de la Vega consiguió volver a Lima, donde murió de pena y de tristeza.

Nadie volvió a oír hablar del Sambo, que se quedó entre aquellas tribus salvajes y sanguinarias.

El judío Samuel poseyó tranquilamente los cien mil pesos, precio de su contrato con Andrés Certa, y continuó ejerciendo la usura a costa de los nobles limeños.

Martín Paz y Sara se unieron en el cielo, pues el corto y supremo instante de su reunión, fué el último acto de la joven cristiana que imprimió el sello del bautismo en la frente del indio redimido...

FIN DE MARTIN PAZ.

Biblioteca de Sports y Juegos

INDISPENSABLE A TODO BUEN SPORTMAN

La más económica en su género

PRIMERA SERIE

- 1.º—¿Quiére V. jugar al foot-ball?
- 2.º—Modo de defenderse sin armas.
- 3.º—¿Quiére V. jugar al billar?
- 4.º—El bóxer inglés y el bóxer francés.
- 5.º—¿Quiére usted jugar al ajedrez?
- 6.º—La esgrima de florete, espada y sable.

En preparación—SEGUNDA SERIE

- ¿Quiére V. jugar al Lanwn-Tennis?
La lucha greco-romana.
¿Quiére V. jugar al dominó?
La náutica, (natación y regatas).
¿Quiére V. jugar al tresillo?
El atletismo.

Todos los tomos van profusamente ilustrados con multitud de fotografías y planos de las posiciones, actitudes y jugadas más importantes.

Cada tomo 50 cents.

B. Bauzá, editor.—Aribau, 175.—Barcelona

Colección Mundial

PERIODICO QUINCENAL DE NOVELAS

**La COLECCION MUNDIAL es la
biblioteca más barata y la de
mayor circulación de España**

TOMOS PUBLICADOS:

La Dama de las Camelias.—Alejandro Dumas
(hijo).

Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.—G. C. de la
Croie.

Gustavo el calavera.—Paul de Kock.

Genoveva de Brábante.—Cristóbal Schild.

La Casta Susana.—F. del Dongo.

El último día de un sentenciado a muerte.—
Víctor Hugo.

La Generala.—F. del D.

JULIO VERNE

De la Tierra a la Luna.

Alrededor de la Luna.

La vuelta al mundo en 80 días—(2 tomos).

Cinco semanas en globo—(2 tomos).

Los ingleses en el Polo Norte.

El desierto de hielo.

El Chancellor.

Aventuras de tres rusos y de tres ingleses, en
el Africa Austral.

Martín Paz.—Una experiencia del Dr. Ox.

Col. cri

Mu. dia

PAVIA

1515

B. AU3

E. dito